

HOMENAGE DE NUESTROS ANTIGUOS POETAS

Á LA SABIDURÍA Y VIRTUDES

DE SANTA TERESA DE JESÚS

(Conclusión.)

No pocos de los poetas que concurrieron á las lides poéticas celebradas en honra de la santa, ó dieron á la prensa los frutos de su inspiración, se ofrecían dominados por ese mal gusto reinante que se afanaba en ofrecer como bellezas lo que sólo eran á veces delirios de la misma exuberancia del génio ó extravagancias de las medianías. Uno de estos seguidores del estilo *culto*, escribió un libro cuyo título indica ya, que hacía gala de ser un aprovechado discípulo de la escuela de Góngora. Dióle este nombre: *Motetes celestiales en aforismos místicos para verdadera instrucción de las almas, de la divina cantora, la gran Teresa de Jesús*. Fué su autor el inquisidor apostólico de la ciudad y reino de Murcia, Canónigo de la iglesia de Barcelona, y Dr. D. Alejo de Roxados y Lull. Su obra fué impresa en aquella misma ciudad el año 1650.

En nuestro deseo de dar á conocer las del género poético, dedicadas á enaltecer las virtudes de Santa Teresa, hemos de concentrar brevemente algunas otras noticias que hemos logrado reunir con tal objeto. Existe en este caso, un manuscrito de autor anónimo, con el título de *Poema de Santa Teresa*, dividido en quince cantos, y cuya letra es del siglo XVII. Principia con la siguiente octava (1):

(1) Tomamos esta noticia de la excelente obra *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*.

A pesar de que nos habíamos propuesto referirnos sólo á los ingénios

El fuerte pecho y el valor divino,
 la heróica vida y las hazañas santas,
 el raro esfuerzo y celo peregrino,
 las visiones del cielo sacrosantas
 canto, de aquella que al que es uno y trino
 en la zarza buscó, sin que sus plantas
 las espinas temiesen, porque ardía
 en el fuego de amor en que á Dios vía.

Termina el expresado poema, con esta otra:

Huyendo á la caverna del olvido
 el sueño laso en vuelo perezoso,
 y en el monte Cimerio ya escondido,
 por no mirar la luz del sol hermoso,

de los siglos XVI y XVII que cantaron las excelencias de Teresa de Jesús, hemos de hacer una excepción de esta regla, mencionando á un escritor de nuestros dias, á quien se debe un *Poema* consagrado á la ilustre Doctora, y en quien además coincide la sensible circunstancia de haber fallecido no há muchos años. Fué este malogrado poeta, D. Evaristo Silio, y puede considerarse aquel una obra llena de espontaneidad y sentimiento. Sus versos están impregnados de ese grato perfume que revela un alma religiosa y apasionada, y que encubre cualquier defecto que en ellos pudiera encontrarse. La forma del poema es romántica. Identificado Silio con las aspiraciones de su admirable heroina, exclama en su fervorosa admiración hácia ella:

Tal vez del Dios que un dia mostró, en su amor profundo,
 al hombre esclavizado la redentora cruz,
 tú sola alcanzar puedes que el abatido mundo
 levante hoy á la esfera del bien y de la luz.
 Sí, tú, que su almo trono mirabas dolorida
 desde esta oscura cárcel, asilo del pesar,
 implórale, ¡oh Teresa, oh mártir de la vida!
 que el ángel de la muerte nos venga á libertar.

Este ángel batió sus alas sobre la inspirada frente del vate, y ¡cuán en breve abandonó su espíritu las prisiones de la vida!

Sin duda existen composiciones de nuestra época que merecen igual excepción; pero omitimos toda referencia á ellas, por la excesiva extensión que pudiera dar á estos modestos apuntes.

dejó á Teresa en el jardín florido
 libre y contenta en éxtasis glorioso;
 y yo el discurso y fin de las más sumas
 para los cisnes de doradas plumas.

Otro poema heroico se debe al Presbítero Juan Bautista Felices, que tuvo á Calatayud por patria, al que dió el título de *El Caballero de Avila por la Madre Teresa de Jesús*. Lo publicó en la imperial ciudad de Zaragoza, con motivo de las fiestas y torneos que en la misma se celebraron en honor á aquella. Imprimióse en 1623. Este ingenio alcanzó ser encomiado por Lope de Vega en *El Laurel de Apolo*. También el Padre José Antonio Butron y Bugica es autor del poema, no del mejor gusto, titulado *Harmónica vida de Santa Teresa de Jesús*, que se compone de cerca de 2.000 versos y se halla dividida en 18 *Rasgos* ó cantos. Otro poeta, D. Roman Montero de Espinosa, escribió é imprimió en Amberes en 1656 y en Roma en 1658, un libro, á que dió el título de *Siete meditaciones sobre la oración del Padre Nuestro, escritas por la Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús y glosadas en verso*. Existe otra edicion del mismo, hecha en Granada en 1668.

La Amazona cristiana ó Vida de Santa Teresa de Jesús, escrita en verso por el monge benedictino Fray Bartolomé de Segura é impresa en Valladolid en 1619, es otro de los libros que debemos mencionar entre los de su género, consagrado á enaltecer á aquella. Precédele un soneto de Fray Alonso de Trujillo. Se halla dividido en 11 cantos, y compuesto en variedad de metros. D. Nicolás Antonio lo califica de obra escrita con sencillez y elegancia.

El P. Yanguas, confesor de Santa Teresa, compuso unas quintillas que, reproducidas en unas láminas doradas, fueron puestas dentro del sepulcro de aquella, al ser devuelto su cuerpo á Alba de Tormes, por disposición del Papa Pio V, cediendo á los ruegos del Duque de Alba. Los versos de aquel religioso son más de estimar por su piadoso intento que por su inspiración poética.

No sólo la poesia lírica enalteció la figura de la Santa es-

pañola: tambien la dramática llevó á la escena sus virtudes, segun la afición de nuestros antiguos autores al cultivo del género llamado á *lo divino* ó *comedias de santos*; género seguido por una costumbre plausible, y por algunos tratado con discreción, pero que no dejaba de ser peligroso para las medianías, que solían llegar á la irreverencia en sus chistes, sin dejar por ello de escribir guiados por un fin piadoso y digno. D. Juan Bautista Diamante, que alcanzaba un nombre distinguido en la segunda mitad del siglo XVII, y autor de varias *comedias de santos*, hizo una á que dió el título de *Santa Teresa de Jesús*. El fecundísimo y prodigioso númen de Lope de Vega produjo otra obra de este género, cuyo protagonista es la avilesa ilustre. Su título es *La Madre Teresa de Jesús, la bienaventurada Madre Teresa de Jesús*. Imprimióse el año 1638, y fué atribuida á Luis Velez de Guevara. Existe su manuscrito autógrafo.

No pretendemos haber reunido y presentar en esta rápida reseña todas las noticias curiosas que puedan allegarse referentes, tanto á las fiestas como á las producciones del ingénio con que se honró la memoria de la carmelita insigne, cuando fué beatificada, y en su canonización despues, en muchos pueblos de España, ni dejar mencionados todos los poetas que concurrieron al mismo fin. No creemos, sin embargo, haber dado al olvido ninguna de aquellas primeras figuras que dan honra á nuestras letras. En el presente año (1), al renovarse el recuerdo de nuestra Santa en el tercer centenario de su muerte, habrá de enriquecerse, sin duda, la corona ofrecida entónces á sus virtudes, con flores de nueva fragancia, reunidas por inspirados cantores de nuestros dias; corona que brillará con los destellos que irrádía la luz del génio, del saber y la santidad.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

(1) Este artículo fué escrito en los dias anteriores á aquel en que se cumplió el Centenario de Santa Teresa.

LA IGLESIA Y EL ESTADO.

Si nuestra vida no fuese una demostración continua de que el hombre vive en constante lucha de opuestos sentimientos y encontrados afectos: si la experiencia no nos mostrara que en esta lucha, cuando las nubes del error logran oscurecer la luz de la verdad, viene el hombre á caer en una oscuridad tal, que obra contra lo que le enseñan, no sólo la Religión y la moral, sino la sana razón y el buen sentido, bastaría para convencernos de ello la apreciación que de los derechos de la Iglesia y los del Estado hacen los políticos modernos, y la manera como entienden y practican las relaciones que unen á ambos poderes; pues dada la noción de lo que es y lo que representa cada uno de ellos, no pueden serle más contrarias las doctrinas que proclaman para el ejercicio de esos derechos y de cuanto á esas relaciones concierne.

¿Quién es, en efecto, entre los políticos modernos, el que no sabe lo que es la Iglesia y lo que es el Estado? ¿A quién se necesita explicar lo que la revelación nos ha enseñado, la sana razón nos pone de manifiesto, y la historia ha demostrado en claras y elocuentes lecciones por espacio diez y nueve siglos?

Es la Iglesia, como todos saben, una institución divina, fundada por nuestro Redentor Jesucristo, el cual, por un prodigio admirable de omnipotencia y de amor, plantó en la tierra este árbol santo, regándolo con su sangre preciosa para darle esa fecundidad que en poco tiempo le ha permitido extender sus ramas por todo el mundo. Para que nadie pudiese dudar de esta procedencia celestial, los primeros hombres elegidos para propagarla, predicaron doctrinas enteramente contrarias á cuanto entonces predominaba, y siendo estos enviados de humilde condición social, su predicación triunfó de

aquella potente filosofía y de aquella sábia legislación que dominaba al mundo. Los bárbaros que, andando el tiempo, destruyeron la civilización antigua y se enseñorearon sobre sus ruinas, doblaron con respeto la rodilla ante esa doctrina santa, que hizo de ellos gérmen fecundo de ricas y poderosas naciones, y cuantas glorias y grandezas se han admirado en éstas en el curso de los siglos, se deben al espíritu que vive en la Iglesia y á sus grandes y poderosas creaciones.

Natural es que, correspondiendo á tales beneficios los que los recibieron, se viese por largo tiempo enriquecida la Iglesia con los tesoros que le llevaron sus hijos, y cuyo empleo fué en manos de sus ministros tan noble como fecundo. Soberbias catedrales, que han sido y serán el asombro de las generaciones y de los siglos; magníficos monasterios, donde florecieron al par con las virtudes, las ciencias y las artes; grandes asilos de beneficencia; numerosas universidades, colegios y escuelas; copiosos é incesantes auxilios á los pobres, fueron, y son hoy todavía, elocuente testimonio del uso que la Iglesia sabe hacer de las riquezas. La Revolución ha sepultado entre ruinas una parte de esas grandezas; pero las que quedan dicen lo bastante para su gloria.

Y esta magnificencia en el órden material es todavía muy secundaria respecto á su magnificencia en el órden moral. Nada hay tan elevado como el cuerpo de doctrina de la Iglesia, ni era posible que lo hubiese, porque nada hay que, como ella, haya bajado del cielo. Nada hay más grandioso que esa gerarquía encargada de enseñar y aplicar la doctrina de Jesucristo, de velar por la salvación de las almas, de trabajar por el bien del linaje humano, de mostrarle los caminos de la verdad y alejarlo de las sendas del error; sublime y santa tarea en que bajo la dirección del Soberano Pontífice como cabeza de este gran cuerpo, y de los Cardenales, Arzobispos y Obispos, trabaja activamente todo el Clero secular y regular en sus diversos órdenes y grados, constituyendo esta sagrada milicia el apoyo firmísimo del órden social, que sin ella iría á sepultarse en la anarquía ó el despotismo.

Verdades son estas, que á fuerza de sabidas han llegado

á hacerse vulgares, puesto que nada hay que tanto abunde como los escritos en que, durante diez y nueve siglos se han cantado las glorias de la Iglesia, ensalzando su misión divina, y proclamando los grandes servicios que ha prestado á los pueblos. Tan generales han sido estos elogios, que nadie ha dejado de leerlos en multitud de obras, así antiguas como modernas. Ni se ha necesitado para escribirlos que la luz de la fé iluminase á sus autores. La fuerza de la verdad ha hallado eco en inteligencias que sólo tenían de ella ese sentimiento de que suele participar la generalidad de los hombres. Gracias á Dios, no es necesario demostrar lo que acabamos de decir, pálido reflejo, débil expresión de lo que con tanta elocuencia se ha dicho en tan diversos tiempos y lugares, y se halla de tal manera grabado en la conciencia de todos, que el demostrarlo sería demostrar la evidencia misma.

En cuanto al Estado, siendo éste, conforme á una definición autorizada, «el cuerpo político de una nación» (1) y variando tanto en las diversas naciones la constitución de este cuerpo, si queremos formar de él idea exacta, lo haremos fijándonos en aquellos caracteres que en todas partes le son comunes, como son el de haber un jefe supremo, investido de ciertas prerogativas y más ó menos limitado en el ejercicio de sus altas funciones; un gobierno que ejerce el poder; una magistratura que administra justicia; una fuerza pública que mantiene el orden en el interior y defiende la patria en el exterior; y un cuerpo de empleados para la gestión administrativa y económica de los intereses públicos. Que sea grande la importancia de este cuerpo político, lo demuestra el sólo hecho de que á las disposiciones que dicta el Poder Supremo están sometidos millones de individuos y de familias, cuya felicidad acá en lo humano depende en gran parte del mayor ó menor acierto, rectitud y justicia con que obra: por donde se ve cuánto interesa que á su ejercicio y al de las funciones que le son anejas, presida aquel espíritu que ha de asegurar la felicidad de los asociados.

(1) *Diccionario de la Academia.*

Y siendo ello así, la superioridad de la Iglesia respecto al Estado se nos presenta tan clara que no es posible abrigar sobre ella duda alguna. Porque si no hay Estado ni Sociedad que pueda subsistir, no basándose en los grandes principios de moralidad y de justicia, cuya ausencia trae necesariamente consigo el desorden, y la anarquía más ó ménos perturbadora, pero siempre abominable, ¿á dónde se irá á buscar el gérmen de estos principios? ¿Acaso en los dominios de *la moral universal* ó de *la conciencia humana*, donde tan ostentosamente asientan su imperio los moralistas independientes? Haríamos agravio á nuestros lectores impugnando lo que hoy reprueban, no sólo los buenos católicos, sino hasta los hombres de buen sentido. La conciencia humana, sujeta á error, y que en unas partes admite como bueno lo que en otras desecha como malo, no puede ser criterio infalible de moralidad y de justicia. De más alto origen proceden estas grandes virtudes. Sólo la Religión católica las contiene, y puede hacer que fructifiquen y prosperen. Sólo ella posee principios inmutables, y los conserva al través de los siglos. miéntras van modificándose y modelándose al capricho de las exigencias humanas los que en el orden político y social rigen á las naciones. Ni duda nadie de que esas grandes verdades, reguladoras de la vida de las sociedades, se encuentran en una esfera superior á ellas, porque el que lo dudase, vendría por el mismo caso á afirmar una de dos cosas igualmente absurdas; ó que tan importantes verdades pudieran modificarse al arbitrio de los hombres; ó que no habiéndose alterado nunca, los hombres poseen un don de perseverante infalibilidad para mantenerlas incólumes y rendirles perpétuo é inalterable culto, miéntras en lo demás ofrecen á cada paso variaciones é inconsecuencias notables. Y sobre todo, harto mostraría quien tal pensase que está privado de ese noble sentimiento que levanta hácia el cielo el corazón cuando busca los grandes principios reguladores de la verdad y del bien, desengañado de que no es de este mundo la planta privilegiada que produce tan preciosos frutos.

Pero si no es de este mundo esa preciosa planta, es por lo menos tan cierto como consolador para el cristiano que en él

existe plantada por la mano del Cultivador divino; que en él ha crecido vigorosa y lozana; y que á manera de esos corpulentos y frondosos árboles, bajo cuya sombra viene el pastor á guarecer su rebaño de las inclemencias del tiempo, extiende por todo él sus ramas y bajo de ellas cobija á las generaciones todas más há de diez y ocho siglos. Con harta frecuencia el hombre insensato se ceba en este árbol secular, y con furor insano desgaja las ramas que debiera mirar con religioso respeto. ¿Y qué sucede entónces? Que así como en el orden de la naturaleza, cuando una mano destructora se atreve á descuarjar los corpulentos árboles que se encuentran en las soledades de los montes, al sobrevenir luego la tempestad ó al llegar los dias ardorosos del estio, el agua y el sol se abren fácilmente paso á través del follaje y son víctimas de ellos los mismos que vienen á guarecerse bajo su sombra, así, al levantarse la locura humana contra la obra de Dios, al poner en ella sus manos impías, la sociedad ve con dolor reducirse aquel vasto edificio en que antes hallaba abrigo contra todas las tormentas y que por entre sus grietas se abren paso los huracanes revolucionarios. O para decirlo sin imágenes ni figuras, que cuando las iglesias caen por tierra, cuando las Ordenes religiosas son abolidas, cuando la Religión no recibe aquella protección á que tiene derecho, cuando se despoja á la Iglesia de sus bienes y el Clero recibe una dotación mezquina, cuando las obras de Dios no encuentran el apoyo y las facilidades que debiera dárselos, antes bien se les oponen dificultades y obstáculos, lo natural es que las creencias se relajen, las costumbres se corrompan, el mal tome incremento, y el dia en que la sociedad busque el remedio, no lo halle ya donde podia hallarlo, por haber desaparecido las instituciones y las obras que como manantial inagotable difundian raudales de bien y de virtud, consuelos abundantes para todas las penas y remedios eficaces para todos los males.

Digan, pues, lo que quieran los publicistas y los políticos sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado y sobre la independencia del último respecto á la primera, la verdad será siempre que la Iglesia es el alma del Estado, que de ella reci-

be su verdadera fuerza el Gobierno, su verdadera prosperidad la nación, su verdadera felicidad las familias y los individuos; que fuera de ella no hay, ni autoridad sólidamente asentada, ni sociedad regularmente establecida, ni gobierno fuerte y justo, ni familias morigeradas y virtuosas, por más que en ciertas ocasiones, y juzgando por las apariencias, se note algo de todo esto. Y no sólo es así, sino que sería contradictorio el que, faltando la causa que produce esos efectos, los efectos se produjesen; que removido el único obstáculo invencible al mal, éste, que es de suyo invasor, no penetrase de lleno en la sociedad, produciendo la perversión y la ruina de cuanto existe.

La Iglesia y el Estado son, pues, sin duda alguna, dos poderes distintos. Considerados en abstracto, son también independientes uno de otro, porque una cosa es celebrar los divinos misterios, predicar, confesar y trabajar por la salvación de las almas, y otra es administrar los intereses públicos, cobrar impuestos, levantar ejércitos y fomentar la agricultura, el comercio y la industria; pero considerados real y prácticamente, no es independiente, como se dice, la acción del Estado de la de la Iglesia, porque en ningún ramo de la política ni de la administración puede hacerse nada que esté en oposición con las doctrinas y enseñanzas de ella, como no puede el hombre, en el ejercicio de las tareas corporales, hacer cosa alguna que se oponga á lo que exige el bien de su alma.

Es pues, á nuestros ojos, una entidad importantísima lo que se llama el Estado; conjunto poderoso de elementos de vida y de medios de acción, que tiene en su mano la felicidad de los pueblos y de las familias, cuyas leyes y decisiones merecen respeto; y á cuyas autoridades y delegados se debe obediencia, porque sin estas condiciones se turbaría el orden en la sociedad, reemplazándole la licencia.

Pero puesto que el poder público está tan obligado como sus súbditos á inspirarse para todos sus actos en los preceptos de la Religión y de la justicia, tales como los entiende y practica la Iglesia, maestra de la doctrina, es evidente que la Iglesia se encuentra en una esfera superior, y el Estado debe reconocerlo así, rindiéndole acatamiento y homenaje.

Otra consideración muy poderosa debemos tomar en cuenta para apreciar esta superioridad de la Iglesia. Obsérvese que á ningun individuo ni familia le es obligatorio formar parte del consorcio civil, pudiendo, si así le place, vivir en la soledad ó en el desierto, como tambien dejar una nación y trasladarse á otra, sin necesidad de estar sometidos á éste ó aquel Soberano: pero todo individuo y toda familia debe necesariamente formar parte de la Iglesia, conservarse en ella y vivir sometido á su Jefe, so pena de condenación eterna. De suerte que sobre el carácter de ciudadano está el carácter de católico ó de hijo de la Iglesia, del que no es dado al hombre prescindir como del primero; y por eso, ántes que el Estado, es para el hombre la Iglesia y el cumplimiento de las leyes que le impone.

Esta doctrina es la misma que sostienen dos grandes lumbreras de la ciencia y de la teología católica; nuestro ilustre compatriota Suarez y el insigne doctor Santo Tomás. *Dicendum est*, escribe Suarez, *potestatem ecclesiasticam non solum esse in se nobiliorem, sed etiam superiorem, et habere sibi subordinatam et subjectam potestatem civilem*. Hay que decir que la potestad eclesiástica, no sólo es en sí más noble, sino superior, y que tiene subordinada y sujeta á ella á la potestad civil; y añade que esto es un principio cierto y comun entre los católicos. *Est conclusio hæc certa et communis apud catholicos*. En prueba de lo cual aduce un largo catálogo de teólogos y Pontífices, cuya enseñanza no puede rechazar ninguno que lleve aquel título. Y Santo Tomás, despues de decir que los hombres se reunen para vivir bien, siendo el fin de la muchedumbre reunida el hacerlo conforme á la virtud y llegar por medio de la vida virtuosa al goce de la bienaventuranza eterna, añade: «que el ministerio ó dirección de este reino (de la Iglesia) á fin de separar lo espiritual de lo temporal, no se ha cometido á los reyes terrenos, sino á los sacerdotes y principalmente al Sumo Sacerdote, Vicario de Cristo, ó sea al Romano Pontífice, al cual conviene que todos los Reyes estén sujetos como al mismo Señor Jesucristo: porque á aquél á quien toca y pertenece el cuidado del último fin deben estar

»sometidos aquéllos á quienes toca el cuidado de los fines que
»antecedan y dirigirse por sus mandatos.»

Pero no es esta ciertamente la manera como piensan los hombres que se inspiran en las doctrinas del siglo, y bogan á toda vela por las corrientes del liberalismo. Para ellos, dice el insigne P. Liberatore, en su precioso libro *La Chiesa é lo Stato*, es el Estado el más alto de los poderes, y ningun otro existe en la tierra que no le esté sujeto: es el dominador universal y supremo, á quien nadie puede resistir, ántes bien, todos le deben obediencia y acatamiento; residiendo en él el derecho por excelencia; siendo él la fuente de todos los derechos y el regulador supremo de todas las relaciones entre los hombres. Ni hay derecho individual ó doméstico que frente á él sea inviolable, y mucho ménos hay derecho sagrado con que pueda revestirse ante él otra sociedad; estando incluidos todos los derechos en el derecho público, del cual se derivan, en virtud de las leyes que él sanciona y son la regla suprema de las operaciones humanas; de donde se sigue que como la sociedad no permanece estacionaria, sino que es progresiva, ninguna ley, institucion ni derecho es inmutable, sino que todo depende de la voluntad social, obediente á la ley del progreso, cuya voluntad se manifiesta por medio de la opinion pública, y se erige en ley por los representantes del pueblo en el Parlamento.

»Que esta es la doctrina de las Constituciones modernas, calcadas todas en los famosos principios del 69, cosa es que saben demasiado nuestros lectores. Con lo cual no hay para qué decir que la Iglesia, no sólo pierde todo su predominio ante el Estado, sino que deja de ser para él una sociedad perfecta é independiente, existiendo á lo más como simple colegio ó como cualquiera otra asociación civil sometida al Estado, y que del Estado deriva su existencia moral; y como en este sistema es el Estado el que concede á la Iglesia, por su mero beneplácito, el goce de la vida pública, así es tambien él quien determina y regula sus derechos, reservándose cierto sindicato sobre ellos, condición en cierto modo inferior á la que tenia la Iglesia en tiempo de los Emperadores paganos, en

las treguas que le dejaba de cuando en cuando la sangrienta persecución que padecía.

Pero el absurdo no se detiene aquí, sino que todavía extrema mucho más sus consecuencias, porque como dijo el inolvidable Pio IX, de santa memoria, en la primera Encíclica que dirigió al Episcopado con motivo de su elevación á la dignidad pontificia, «en esta nuestra deplorable edad se ha encendido una encarnizada y espantosa guerra contra todo lo que es católico, por esa raza de hombres, que unidos entre sí con sociedad nefanda, no tolerando la sana doctrina y apartando sus oídos de la verdad, sacaron de las tinieblas todo linaje de monstruosas opiniones, esforzándose con toda su alma en exagerarlas, publicarlas y propagarlas. Nos horrorizamos, añade, y llenamos de acerbísimo dolor, cuando reflexionamos sobre todo en los monstruosos errores, los variados y múltiples artificios para dañar, las asechanzas y maquinaciones que ponen en juego estos aborrecedores de la verdad y de la luz, estos peritísimos artifices de engaños, para extinguir en las almas todo deseo de piedad, de justicia y de honestidad, trastornar todos los derechos divinos y humanos, destruir y echar por tierra la Religión católica, y si posible fuese, arrancarla de raíz» (1). A continuación de estas palabras, cita y condena, con otras proposiciones análogas, la execrable idea de que, «*la doctrina de la Iglesia católica es contraria al bien y á los intereses de la sociedad humana*» (2). Y aquí se nos presenta una nueva ocasión de conocer cómo la justicia y la certeza de las proposiciones del *Syllabus*, fuera de ser indisputables por la fuente de donde emanan, que debe ser para el católico la principal y más poderosa razón para prestarles asentimiento, son perceptibles á los ojos de la razón y del sentido común; porque ¿dónde puede verse mayor injusticia ni falsedad que en el error que esta proposición condena? Ni se concibe este inmenso dislate, tan en oposición con lo que nos enseñan la tradición y la historia, á

(1) Encíclica *Qui pluribus*, de 9 de Noviembre de 1846.

(2) Proposición XL del *Syllabus*.

no ser por ese funesto espíritu que con vivos colores pinta el venerado Pontífice en las palabras que dejamos transcritas.

Sí, en verdad; tan claras son estas cosas, que apenas se concibe cómo hay política, ni filosofía, ni historia que no las vea ó las entienda de esta manera. Y á no mediar aquí las ambiciones humanas, las luchas de intereses y la corriente de las malas ideas, que hoy se desborda por el mundo, sería inconcebible todo disentimiento en esta parte, proclamando todos así la santidad y excelencia de la doctrina católica, como la superioridad de la Iglesia sobre el Estado en cuanto pueda afectar al orden religioso y moral, á las costumbres públicas, y á lo que con ellas se relaciona, puesto que su misión altísima la erige en juez supremo de esta clase de cuestiones y la reviste en el orden social de una autoridad indisputable.

JOSÉ MARÍA ANTEQUERA.

MI DICHA.

ODA.

Un himno de contento
Eleve el corazón agradecido
Al Dios del firmamento,
Que á su siervo escogido
Le dió con abundancia el bien querido.
Pastores, que el ganado
Sediento conducís á esta llanura
Donde el pozo sagrado
De Jacob su agua pura
Os ofrece y los árboles frescura;
Oid cómo gozosa
Mi lengua ensalza del Señor los dones
En lira armoniosa;
Aprended sus canciones
Y repetidlas luego á las naciones.
Fatigado seguia
El Justo sus senderos; mas no en vano
Fué la virtud su guía
Que Dios abrió su mano
Y el áspero camino se hizo llano.
Y consumiósese luego
El acerbo dolor que le affigia,
Como la cera al fuego,
Como á la luz del día
La oscura niebla de la noche umbría.
Y dióle una cabaña
La más limpia y feliz que vé la aurora

De cuantas su luz baña;
Do eterna dicha mora,
Do nunca la inquietud llamó á deshora.
No cifra su belleza
En labrado marfil de delicada
Labor, ni en la riqueza
De Sidon la nombrada,
Ni en las artes de Menfis celebrada.
Alzase entre olorosos
Mirtos, y un ancho huerto la rodea
De manzanos frondosos,
Que el manso viento orea
Cuando su dulce fruto amarillea.
Entre arenas de oro
Un arroyuelo su raudal desata
Murmurando sonoro,
Y en su espejo de plata
La majestad del cielo se retrata.
Viciosa la vid crece
Más allá, de racimos tan cargada,
Que al peso desfallece,
Cual tierna desposada
Que lleva de su amor la prenda ansiada.
La blanda lluvia riega
De la tierra feraz el seno ardiente
Cuando el Otoño llega;
Y á mi voz, obediente
El tardo buey la rompe lentamente,
Siembra en el surco el grano
Implorando al Señor que lo bendiga,
Y su pródiga mano
Por premiar mi fatiga
El campo cubre de abundosa espiga.
Mas otro bien poseo,
Trasunto fiel de la mujer más pura
Que codició el deseo,
Sagrario de ternura

Con todo el esplendor de la hermosura
Tal es mi bien amada,
La dulce compañera de mi vida,
Por quien enamorada
El ánima vencida
Su esclavitud adora bendecida.
Elévase su frente
Como enhiesto collado por dó asoma
La clara luz de Oriente
Y de sus ojos toma
Su mirada apacible la paloma.
De flores de granado
Es su tersa mejilla pudorosa
Canastillopreciado,
Y su boca amorosa
Panal de ricas mieles que rebosa,
Y dulces y templadas
Cual la leche que mama el corderillo,
Sus palabras, mezcladas
Al aroma sencillo
De su aliento de mirra y de tomillo.
Y adivinan mis ojos
Su blanco seno bajo el lino leve,
Como capullos rojos
En montones de nieve,
Que el blando soplo de la brisa mueve
Cuando de amor suspira
Y fallece en mis brazos tan hermosa,
Mi pecho no respira,
Y el aura cariñosa
Gime en silencio junto á mí celosa.
Si alguna vez, pastores,
Así me veis, no turbe vuestro acento
La paz de mis amores,
Que está mi pensamiento
Dando gracias al Dios del firmamento.

JOSÉ GARCÍA.

REVISTA MUSICAL.

Cumpliendo el empresario del teatro de la Plaza de Oriente con una de las condiciones del contrato, en virtud del cual rige los destinos de la ópera en Madrid, ha puesto en escena *Mefistófeles*, obra desconocida por completo de nuestro público. Deben los aficionados agradecerle el empeño con que procura cumplir su contrato en este punto, de suerte que ningún año estrena más de una ópera: así logran los *dilettanti* juzgar con conocimiento de causa, no confundir las especies y aprender el repertorio moderno poco á poco, única manera de aprender bien. Después de Wagner con su *Lohengrin*, el agraciado ha sido Arrigo Boito, maestro italiano cuya filiación es la siguiente: Pasa de los cuarenta, fué silbado en Milan y aplaudido en Bolonia, pertenece á todas las Academias wagnerianas presentes y por venir, es poeta y en materia de óperas no necesita de nadie para componer música y libreto; pertenece, pues, á la escuela de nuestro popular Juan Palomo, que si no es precisamente la del porvenir, tardará muchos siglos en desaparecer de la faz de la tierra.

Su primera y única ópera hasta ahora es *Mefistófeles*: según dicen los iniciados está escribiendo otra, en cuya primera página se leerá este título: *Nerón*. Como por los títulos se colige, Boito merece figurar al lado de Echeagaray, Sellés y demás modernos autores, que están reñidos con todo personaje que no sea franca y decididamente de malas entrañas.

El público de Madrid, de las innumerables producciones serias inspiradas en el poema de Goethe, no conocía sino el *Fausto*, de Gounod. Esta ópera ha conseguido desde que se estrenó en el régio coliseo más de ciento treinta representaciones. ¿Conseguirá el *Mefistófeles* éxito igual? Lo dudamos.

Boito ha querido interpretar el poema de Goethe; Gounod se ha contentado con aprovechar uno de los episodios más interesantes y humanos de aquella obra colosal.

Si la primera parte del *Fausto* de Goethe es inteligible, hasta cierto punto, de la segunda, ni los mismos alemanes han llegado á penetrar el sentido. En aquellos países, lúgubremente sombríos como la bruma que se asienta en los mares que los ciñen, donde todo lo vago, todo lo oscuro, todo lo indeterminado, es popular, es nacional, háse bautizado delicadamente la segunda parte del poema de Goethe con el nombre de Libro de los Siete sellos, *Das Buch mit, sieben Siegeln*. Boito, queriendo vulgarizar esa segunda parte, en la que Gounod no se atrevió á entrar, ha acometido una empresa, en cierto modo digna de alabanza; pero, en nuestro humilde entender, ha equivocado el procedimiento. El *Fausto* completo como el *Quijote*, nunca servirá para libreto de ópera, ni italiana, ni wagneriana. A pesar de haber escrito cuatro actos, un prólogo, y un epílogo, y de haber dividido los dos primeros actos en dos cuadros; el libreto resulta confuso, deslizado, y sin conexión clara, unas escenas con otras. Sus dotes musicales, que son sin duda grandes, hubieran hallado lugar más adecuado para desarrollarse artísticamente, en un poema sinfónico, según la forma empleada por Beethoven, en la tragedia *Egmont*. Una ópera, según la concepción wagneriana, es un drama puesto en música; y no necesitamos entrar en largas demostraciones para probar que el *Mefistófeles*, á pesar del talento de su autor, y á pesar también de que ha logrado escribir un libreto soportable, que es cuanto se puede decir, no es, sin embargo, un drama, en la acepción verdadera de esta palabra. *Mefistófeles*, es un conjunto de episodios, puestos en música con gran talento, y entre los cuales citaremos como suficientes para demostrar la inspiración y la ciencia musical de su autor, el prólogo en el cielo, que aquí como en cuantos teatros se ha cantado, ha producido gran efecto en el público. El estilo conviene perfectamente á aquella situación sobrenatural: los coros, con su canto reposado, noble y magestuoso, impresionan vivamente, contribuyendo á este efecto la

novedad de las melodías, y la de ciertos procedimientos musicales, inesperados. Si hay reminiscencias del *Lohengrin*, en el final grandioso de este prólogo, se perdonan en gracia de lo admirablemente que interpreta y declara aquella melodía, la sublimidad de la situación.

La canción del silbido, con la que Mefistófeles consigue que Fausto se entregue á él, no es menos digna de aplauso por su novedad y por el carácter medio diabólico, medio estudiantil que tiene: el silbido con que termina es un atrevimiento, coronado con el éxito más completo. En él se retrata el desenfado por una parte del estudiante; por otra se advierte en su apenas indicado desentono, que sale de la garganta de quien habita donde el eterno dolor y la desesperación no inspiran sino cantos ásperos y ruidos estridentes. El cuarteto del jardín, si en mi sentir no interpreta aquella escena, con la delicadeza, ternura y melancólico abandono que supo darles Gounod, es digno de aplauso.

No ha obtenido los mismos plácemes la noche del sábado en el Brocken; en cambio la noche del sábado clásico es sin disputa uno de los cuadros más inspirados de la partitura. Parece como que le hayan servido de estímulo aquellas palabras de Goethe á su amigo Eckermann. «Este conjunto, refiriéndose al episodio de llena, necesitará gran magnificencia y rica variedad en trajes y decoraciones, ¡Con tal que escriba la música para esta escena un reputado *maestro!*» La muerte de Fausto encierra números notables, siendo quizás una de las ideas más dignas de elogio la de terminar la ópera con el radiante motivo final del prólogo.

Esta ópera ha sido puesta en escena con más lujo que buen gusto y cautada regularmente por la Theodorini, Massini y Nanneti, que la cantó también en Bolonia el año 1875 cuando refundida obtuvo el éxito, gracias al cual ha conseguido rehabilitarse de su tremenda caída en Milan. El público de Madrid le ha dispensado favorable acogida, y sin duda alguna la opinión general aplaude, más que á la obra, al talento y á la inspiración que en ella revela su autor y que sin aventurar juicios temerarios permiten esperar otra producción de

esas que se oyen durante medio siglo, sin que el público se canse de aplaudirlas.

El concierto vocal é instrumental con que ha inaugurado la Sociedad que dirige el Sr. Vazquez sus tareas dejará recuerdo grato entre los aficionados á la buena música. La ejecución de todas las piezas que constituian el programa ha sido digna de la fama que supo conquistarse esta Sociedad en los tiempos en que la dirigia el eminente Monasterio. Respecto del año pasado y los dos anteriores, se observó en dicho concierto un progreso evidente, que el público recompensó con entusiastas aplausos. En la primera parte del programa fué repetida la *Overtura de Leonora*, número 3, de Beethoven. El *crescendo* de los violines produjo uno de esos movimientos en el público que los artistas estiman en más que los aplausos ruidosos. El *Sueño de una noche de verano*, de Mendelssohns, obra melodramática, de la que generalmente no se ejecutaba sino la parte instrumental, fué apreciada en su conjunto. Los dos números en que intervienen las voces, estrofas y coro de Hadas y el final con coro fueron repetidos, así como el Scherzo y la Marcha de las bodas. Las alumnas del Conservatorio de música, y muy particularmente las señoritas Incera y Fumanal, que estaban encargadas de los solos, contribuyeron en gran manera con su afinación, buen gusto y sus voces frescas y hermosas á que el público saboreara aquella música, impregnada de poesía, ligera y graciosa como el asunto que la inspiró. La *Overtura de Fausto*, de Wagner, que se ejecutaba por primera vez, no gustó, y el fallo del público nos pareció justo, pues esta obra carece por completo de ideas nuevas; es lo que llaman los italianos un *pasticcio* que sin duda compuso Wagner para salir de un compromiso. La preciosa romanza de violin, de Beethoven, filigrana admirable llena de dulzura y melancolía, fué tocada por los violines de un modo magistral y repetida á instancias unánimes de la concurrencia. La temporada ha empezado con fortuna y brillantez, y el resultado de este concierto nos hace esperar con fundamento que los venideros serán otros tantos acontecimientos musicales.

L. M.

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA ⁽¹⁾.

ACERCA DE LAS OBRAS DEL MARQUÉS DE MOLINS.

(Conclusion.)

Estas ideas han inspirado también las obras teatrales del Marqués de Molins, y especialmente la más notable de ellas: su drama *Doña María de Molina*. No es ocasión de establecer aquí paralelos siempre enojosos, ni traer á cuento la admirable crónica dramática de Tirso, *La prudencia en la mujer*, por más que la similitud del argumento y algunas de las situaciones de la obra del Marqués de Molins la pongan forzosamente delante de la memoria. Nosin razón pudo culpar Enrique Heine á los Schlegel de obtener fácil victoria sobre el teatro de Racine, trayendo á cuento ejemplos de Eurípides, pertenecientes á otro arte y manera de tragedia, tan distinto del arte francés en el fondo, á pesar de la engañosa semejanza de la superficie. Y ciertamente entre la *Fedra* y el *Hipólito*, si no nos detenemos en la corteza, difícil será hallar otro parentesco que el dato primitivo de la fábula griega, y algunos versos, acá y allá esparcidos, unos interpretados á la letra, y otros libremente imitados, siendo por lo demás diversa en todo la condición psicológica de los personajes, y diversas ó más bien contrarias las pasiones que los guían. De igual modo, aunque Doña María de Molina sea protagonista del drama de Tirso, como lo es del del Marqués de Molins, cada poeta ha tratado el asunto dentro de las condiciones del arte de su tiempo, y con ideas y propósitos diferentes, y aún con una concepción no igual del espíritu de los siglos medios, de donde han resultado, no sólo nuevas situaciones, sino también una modificación profunda en el carácter de la heroína. Por donde no ha de juzgarse el drama del Marqués de Molins, como si fuese un in-

(1) Véase el número primero, volumen 5.º

menso cuadro de composición histórica al modo del de Tirso y de los de Shakespeare, donde revive entero un pedazo de la tradición nacional, agrupándose inmenso número de acaecimientos y de personajes en torno de uno sólo, que, por decirlo así, comunica al drama su unidad personal, la cual sobrenada siempre sobre el ámplio océano de la vida, que se difunde en innumerables episodios. Sino que debe estudiarse como drama *romántico*, en el sentido que se daba á esta palabra en 1834, y buscar allí, más que las ideas del siglo XIV, las ideas propias del autor y de toda la juventud literaria y política de su tiempo. Y precisamente por eso conserva fresca y encanto el drama. Esos mismos anacronismos de ideas y de sentir político que notaba Donoso, son hoy para nosotros un rasgo precioso de época. Si queremos recibir impresiones de legítima Edad Media y conocer á los castellanos que afirmaron el trono del hijo de Doña María de Molina, busquémolos en la maravillosa creación de Tirso, que no los conocía como erudito, pero que los adivinó y sintió como poeta, por vivir en tiempos en que el antiguo y castizo modo de ser nacional permanecía sustancialmente ileso, á lo ménos en sus componentes esenciales. Esta es la fidelidad histórica interna (mucho más rara que la arqueológica), que admiramos en las crónicas dramáticas Shakesperianas. Pero á un poeta de la generación romántica fuera inútil, y sobre inútil perjudicial, exigirle que sintiera y pensara como Tirso, ni como la Doña María de la historia, pues no siendo reales y sinceros en él tales sentimientos, forzosamente hubieran parecido cosa pegadiza, y herido de incurable frialdad su obra. Y así no es de censurar que el poeta, al trazar la figura ideal de Doña María de Molina, tuviera puestos los ojos en otra Reina Gobernadora, y que al hacer hablar al mercader segoviano, se acordase demasiadamente de los procuradores á Córtes del primer Estamento. Así salió la obra viva y original y marcada con el sello del día en que nació. Y salió además, gracias al ingenio de su autor, vária y rica en los lances, animada en las situaciones, movida pero sin exceso, noble y simpática en la pasión, y gallarda en los razonamientos, viniendo á ser una de las primeras joyas del teatro español de esos años, tan ricos para él. Y así en ella, como en otro

drama anterior del Marqués de Molins, intitulado *La Espada de un caballero*, es de aplaudir el tino y bizarría con que acertó el autor á presentar en las tablas caballeros de verdad, y no matones pendencieros y broncos, como los que muy luégo inundaron las tablas, por obra de un gran poeta legendario, cuyos héroes, no obstante, comparados, v. gr., con los héroes del Duque de Rivas, suelen presentar la misma degeneración que ofrece el tipo de D. Juan, cuando del *Burlador* de Tirso se pasa al de Zamora.

El encariñamiento con la nobleza hereditaria, y ésto no sólo por tradiciones de familia y por entusiasmo histórico, sino por considerarla elemento y poder necesario en el Estado, mueve al autor no á estériles vanidades, sino á las nobles y sentidas aspiraciones que alientan en el más bello de los romances *Recuerdos de Salamanca*, ya ensalzado por Valera como una de las más finas joyas de nuestra poesía contemporánea. Y si es verdad que el poeta vive á ratos con las sombras de sus mayores, y se deleita y ufana con el recuerdo de los timbres heredados de los que *vistieron la cruz de Alfama y compraron con sangre los vergeles de la D iya*, celebrándolos en octavas tan robustas como las del rasgo épico *El cerco de Orihuela*, y en romances tan pintorescos y nutridos, y de andar tan desembarazado como los que constituyen la leyenda doméstica de *Isabel la Católica en Orihuela*, nunca le sirve tal recuerdo para egoísta complacencia, sino para acusar briosamente la anulacion política de su clase en España, por la franca voz del labrador salmantino.

Quizá la vocacion más señalada del marqués de Molins es la de narrador. Cuando describe ó cuenta, así en prosa como en verso, ora en leyendas, ora en recuerdos antibiográficos y memorias literarias, ora en fragmentos históricos, agrada é interesa siempre, y cobra su estilo animacion y poder gráfico, mucho más que cuando diserta ó se entrega á la pura contemplación lírica. Son ciertamente modelos de sóbria y profunda inspiración la bellísima *dolora*:

Se deshace nuestra vida,
Como una blanca nevada.....

y la cristiana aun más que romántica *fantasía del Córpus en el Hospicio de la Salpetriere*, henchida de verdadero sentimiento y penetración de los dolores humanos, y de evangélicas y dulcísimas consolaciones, poesía en suma, mucho más ascética que *lamartíniana* (al contrario de lo que pudiera recelarse, dada la época en que se escribió), y nó de religion sentimental, sino de robusta y austera creencia. Pero yo, por mi parte, daré siempre la preferencia á los romances, leyendas y tradiciones, y aún á los cuadros de costumbres y breves relatos en prosa. *La Manchega*, que pertenece á este género, y que es por decirlo así, un collar de historietas engarzadas, todas de legítimo sabor castellano, nos pone de manifiesto la singular aptitud del marqués de Molins para el cuadro de género y la novela corta, á despecho de la animadversión no justificada que (si nos guiamos por uno de sus artículos críticos á propósito de Fernán-Caballero) parece profesar á todo linaje de novela. Singular y directa observación de las costumbres populares: intimidad con la España rústica y tradicional; delicadeza y suavidad en los afectos; espíritu religioso y sano que por donde quiera penetra el libro: notable viveza en el color y en el paisaje; son, á mi entender, las principales dotes que avaloran este primor literario, lo mejor de la coleccion del marqués de Molins.

Ni ha lozaneado solamente el ingenio del Marqués de Molins en la amena literatura. Los dos volúmenes de sus obras últimamente publicados, encierran diversos opúsculos de historia y crítica literaria, á los cuales ha de agregarse todavía su abundante coleccion de discursos académicos, y la extensa biografía de Bretón de los Herreros, oida con tanto deleite en sesiones de la Academia Española. Tanto como biografía del insigne dramaturgo, puede estimarse cuadro de singular fidelidad y riqueza de pormenores de la época literaria que aquel extraordinario hablista y versificador abrigó con sus fábulas cómicas.

Miéntas el libro de Bretón no entre en el dominio público, merecerán la primacía entre los trabajos académicos del Marqués de Molins, su memoria sobre *La Sepultura de Cervantes*, y su informe sobre cierta *Crónica de Enrique VIII de Inglaterra*, compuesta por un aventurero español contemporáneo suyo. En

una y otra luce el Marqués su rarísimo talento de amenizar las investigaciones más áridas, y hacer que el vulgo profano las siga con interés y deleite; gustosamente movido por el acicate de la curiosidad diestramente excitada. De aquí que en vez de presentar desnudos y en seca fórmula científica los resultados de la indagación, gusta el Marqués de llevar á los lectores al término de ella por la senda más larga, que él sabe sembrar de flores, para que no sientan la fatiga del camino; y hacerlos, por decirlo así, acompañarle en todas sus escavaciones, tanteos y arreperimentos, de tal suerte, que lleguen á imaginarse que son ellos los que por sus propias fuerzas racionales han alcanzado la solución del enigma. Esta hábil disposición de los datos y del desarrollo del problema, que no dudo en calificar de elegante y artística, está amenizada todavía más por el Marqués de Molins, con el arte de los paralelos, de las coincidencias y de las aproximaciones en que suele ser felicísimo. y por medio del cual trae á su propósito las cosas más lejanas en tiempo y en espacio, y entretejiéndolas hábilmente con las que son objeto principal de su relato, pone de manifiesto las ocultas analogías y los providenciales sincronismos de las cosas humanas.

M. MENENDEZ Y PELAYO.

HISTORIA
DE LOS
HETERODOXOS ESPAÑOLES

POR EL DOCTOR

D. MARCELINO MENENDEZ PELAYO,

Catedrático de Literatura española en la Universidad de Madrid.

Singular contraste forman ahora en España el brillo de las artes y la postracion de las ciencias. Florecen hoy entre nosotros con gran esplendor la literatura dramática y la pintura. Si nuestros ingenios en el presente siglo no produjeron obras que disputen la palma á los inmortales lienzos de Velazquez, han creado por lo ménos joyas artísticas que no sólo no desmerecen de lo mejor que en este género se produce por tierras extrañas, sino que con frecuencia las aventajan, y nuestros grandes pintores contemporáneos ocupan en todas las naciones por derecho de conquista puesto preeminente. El teatro ha renovado igualmente entre nosotros las glorias pasadas: pues prescindiendo del fárrago, por desgracia no escaso, de engendros insípidos ó desbaratados, ó monstruosos de dramaturgos adocenados, que abundan en todo tiempo (y quizás más en los períodos florecientes del arte que en las épocas de mayor decadencia), la literatura pátria se ha enriquecido en nuestros dias con obras maestras que igualan y hasta más de una vez superan á las mejores de Calderon y Lope.

Pero fuera de la literatura dramática y de la pintura, el siglo actual en todo lo demás es uno de los más vergonzosos y ruines de nuestra historia. A nadie se oculta la postracion y decadencia en que vive España en punto á ciencias y filosofía. Sobre estos ramos del saber, en uno y otro campo, toda nuestra actividad intelectual se reduce á una imitacion ramplona

y servil de lo extraño sin que siquiera nos seduzcan las obras maestras de fuera, sino que por lo general tributamos con sin par descamino nuestras preferencias á lo más descabellado y estrambótico, ó seguimos á los autores más chochos y desacreditados de las diversas escuelas.

Rota nuestra gloriosa tradicion científica, parece haberse agostado aquel árbol venerando que creció frondoso en nuestro suelo, produciendo la incomparable pléyade de ingenios que brillaron como astros de primera magnitud en todos los ramos del humano saber y convirtieron á la ciencia española en la más rica y esplendente de la cristiandad, tanto por la originalidad, como por el número de sus varones ilustres. En vano entendimientos como Balmes y oradores como Donoso, trataron de reverdecer la secular encina y evocaron junto á ella las grandes tradiciones de la pátria; el árbol aparece como carcomido y seco.

Si por un lado la heterodoxia española (que, segun lo demuestra brillantemente en toda su obra Menendez Pelayo, se caracterizó siempre en España por la falta de originalidad), ha extremado aquí en los tiempos modernos su pobreza de espíritu propio hasta el punto de que sólo viven hoy sus escuelas parodiando las algarabías más irracionales, estrafalarias y grotescas que se producen en tierras extrañas (como si cierta ley fatal las condenara á no alimentarse sino de las heces de aquellos sistemas que alcanzan mayor desprecio en el mundo científico); por otro lado, amargo es confesarlo, la resistencia católica es hoy pobre y ruin como nunca. Aquella España que evangelizó ella sólo más regiones de nuestro planeta que todas las demás naciones juntas; aquella madre fecunda de tanto teólogo y controversista insigne y de tantos fundadores de órdenes religiosas, las más gloriosas y prepotentes; aquella España cuyos sábios eran en todas las ciencias asombro de las naciones y terror de la heregía; aquella antigua reina del mundo, más aún por el saber y la superioridad moral, que por los elementos de la política y el poderío material, no produce ahora en punto á ciencia cristiana sino imitadores, traductores ó copistas serviles de doctrinas y libros extranjeros. La

raza de los grandes teólogos y controversistas, la que fué en otras edades martillo de la heregía, salvo muy contada excepción, ha degenerado en raza de traductores de Taparelli y Sanseverino, de Bonald y de Maistre, de Augusto Nicolás y del abate Gaume; pues aunque corran como originales de algunos de estos traductores escritos, polémicas y opúsculos de apologética católica, el juicio severo pero justo de la crítica, tiene que reconocer que la posteridad los recordará, más bien como traductores de buena intencion y más ó ménos castizos que como expositores y controversistas.

En medio de esta atmósfera de esterilidad y decadencia que nos envuelve, vemos sin embargo surgir un gigante de la antigua raza, y el ánimo se regocija con el consuelo de que por estéril é infecundo que se haya tornado el suelo patrio, todavía engendra portentos al calor del espíritu católico. Nuestro insigne contemporáneo Marcelino Menendez Pelayo anuncia ser en efecto una de esas grandes figuras que Dios envía á generaciones revolcadas en lodazales y amenazadas de barbárie inminente para que les devuelvan el pan de la vida intelectual y reproduzcan en el campo de la ciencia las proezas del Hércules de la fábula destruyendo las alimañas y monstruos que infestaban la tierra.

Creemos que la sobriedad en el elogio, no reñida con la equidad, debe ser una de las principales reglas de la crítica cuando se refiere á los vivos. Los hombres no pueden ser juzgados con acierto sino cuando ellos y toda su generación desaparecieron en la eternidad. La posteridad es el único tribunal competente para dictar los fallos definitivos sobre todo lo que hoy vive y se agita en el confuso tropel de la vida. Para eso, con respecto á las edades pasadas, la colocó la Providencia en aquel lugar preeminente, cumbre de los siglos que el tiempo va elevando cada vez más en alto y á donde no alcanza el rumor de las hirvientes disputas ni el choque de las pasiones encontradas que en cada generación consumen la vida humana, constituyendo así la eterna tragedia de la historia. Tratándose, pues, de un contemporáneo tan ilustre como Menendez Pelayo, que aunque recién entrado apenas en la vida ocupa ya

por derecho de conquista puesto culminante en los anales literarios y científicos de nuestra patria, fuera hoy prematuro todo juicio acerca del alto destino que la Providencia parece haberle llamado á desempeñar. Además, en una carrera tan brillantemente emprendida, la simple exposición de hechos constituye el más elocuente de los elogios. En edad en que los ingenios más preclaros suelen estar cursando todavía con más ó ménos brillo en las aulas, las producciones literarias de Menéndez Pelayo le habian colocado ya en alto lugar del Parnaso español, y por el fuego, la dialéctica contundente y el inmenso saber que revelaron sus primeras polémicas científicas, se impuso á todos, no sólo como portento de precocidad, sino como el más brioso de nuestros críticos y un asombro de erudición, en cuyas obras los sábios encontraban mucho que aprender. Produce á poco su primera obra de largo aliento, y con ella levanta todo el movimiento de la ciencia católica en España durante el presente siglo á muy superior altura que la que alcanzó con la palabra de fuego de Donoso y la superior intuición del mismo Balmes.

Pocos dias hace que, habiendo terminado la lectura del tomo III de *Los Heterodoxos españoles*, antes de cerrar el libro predilecto que desde el comienzo de su impresión venia siendo uno de nuestros principales esparcimientos de espíritu, quisimos dirigir una mirada retrospectiva sobre aquellas páginas fecundas en inmensos tesoros de erudición y en admirables síntesis históricas y en crítica original y sagaz y perspectivas y juicios nuevos sobre los principales sucesos de nuestra historia. No se borrará en largo tiempo la impresión deslumbradora que produjo en nuestro ánimo aquel desfile de los siglos pasados evocados tan de mano maestra.

Empieza este gran drama de nuestra historia en la hora en que el Cristianismo penetra en España. Sobre las márgenes del Ebro, junto á un pilar milagroso, coloca la tradición la primera piedra del grandioso templo que en adelante ha de cobijar á nuestra nacionalidad. Echados aquellos primeros cimientos, los siglos fueron luego completando su obra. Desapareció la España romana, sabia, próspera y rica, madre fe-

cunda de Sénecas y Lucanos, Marciales y Columelas; se levantó poderoso y brillante el imperio visigótico que luego, á su vez, desaparece á orillas del Guadalete entre el polvo que levantan las legiones del desierto fanatizadas por Mahoma; con los restos de la patria salvados de la servidumbre surgen nuevos reinos y dinastías, que despues de lento y trabajoso crecimiento florecen y llegan á su apogeo, para decaer por último y sucumbir en medio de una catástrofe, ó espirar por natural consunción en el seno de nuestra gloriosa monarquía del siglo xvi. Pero en medio de esta confusión, entre las ruinas y renacimientos de los imperios, entre las glorias y derrotas de conquistas y reconquistas, mientras sobre este mismo suelo se constituyen unos reinos y sucumben otros, aparece un principio permanente y fundamental, que contra toda previsión y casi siempre contra la voluntad y combinaciones de los hombres, sin que la comprendan ó adivinen los mismos que le dan realidad, crece sin embargo y se sobrepone á todos los sucesos. Este principio, asimilándose en oculto y misterioso trabajo todos los gérmenes de vida, organiza ó transforma en cada siglo las instituciones más fundamentales de la vida social; y de generación en generación, en las victorias y desastres, en las discordias intestinas, en las luchas y pasiones de clase, en los vicios y virtudes, heroismos y ciegos instintos de las muchedumbres, en las ambiciones y doctrinas, grandezas y miserias de los varones ilustres, y en fin, en todo el complejo enlace que une nuestra vida con la de los demás pueblos, este principio recoge é informa cuanto puede servir de elemento para la constitución de la patria española.

Hoy, que el natural transcurso del tiempo pone ante nosotros en el campo de la historia horizontes y perspectivas de dos mil años, podemos entrever en la formación y crecimiento de nuestro organismo nacional un orden superior, y desentrañar, en la trama de los siglos, leyes providenciales que para nuestros mayores fueran insondables arcanos. Desvanecido ahora el caos y la impenetrable incertidumbre que con relación á sus consecuencias en lo venidero envuelve siempre en la vida social todo suceso presente, podemos escudriñar cuál

fué el principio generador que durante diez y ocho siglos fundió todos aquellos elementos discordantes en la más asombrosa variedad de combinaciones; y con los medios más desproporcionados, entre los accidentes más imprevistos, por la acción compleja de las sesenta generaciones que con todos los impulsos encontrados que agitan al corazón humano, han intervenido en nuestra historia, sin que hubiera entre ellas un solo hombre capaz de darse cabal cuenta del conjunto de la obra secular, y ménos aún que pudiera preveer el resultado de las fuerzas que se agitan en torno suyo, se produjo, sin embargo, ese organismo admirable que llamamos la patria.

Lo que desde esta altura enseña la historia á quien sepa consultarla, es que entre todo aquello que fué principio generador de nuestra patria y es elemento tan esencial de nuestro organismo, que sin él se convierten nuestros anales en indecifrabable enigma, descuella en primer término el dogma religioso. El dogma católico es el principio fundamental y generador de nuestra nacionalidad. Sus símbolos divinos fueron los que nos convirtieron en nación, sacándonos de los sepulcros del mundo romano; ellos fueron los que naturalizaron con estas tierras y sometieron á nuestras leyes al arriano visigodo nuestro conquistador; ellos nos resucitaron en Covadonga; únicamente ellos, cuando en Aragón y Castilla, en Portugal y Navarra, todo hervía en guerra de matanza y botín, de rey á rey y de señor á señor, nos llevaron á la victoria y á la unidad de la patria en aquella lucha memorable en que por espacio de ocho siglos disputamos vida ó muerte con la media luna. Con esos símbolos, España se convirtió un día en el más vasto imperio que conoció la tierra; y por ellos, después de largo y vergonzoso sopor, se alzó de improviso ante el guerrero invencible dominador del mundo, el pueblo inmortal de 1808.

Y mientras en el orden de la sociedad civil y política el espíritu religioso realizaba tales maravillas, en el orden espiritual y científico, bajo la inspiración de los mismos dogmas, en el confín de toda ciencia y sabiduría, en aquella sublime región de las ideas madres y de los primeros principios, en donde el pensamiento, elevándose de abstracción en abstrac-

ción, y abismándose sin cesar en la inmensidad sin límites de lo absoluto, llega á constituir la ciencia que es fundamento y generadora de todas las demás, bajo la inspiración de los mismos dogmas, edificó la ciencia española las inmortales creaciones de sus apologistas, las grandiosas concepciones éticas de sus pensadores egregios, las controversias incontrastables de sus teólogos, la sublime é incomparable filosofía de sus místicos. El crucifijo, en fin, se ha adherido de tal manera á la patria española, que hoy cada vez que la revolución intenta arrancarlo de nuestros muros, en el acto esta sociedad amenaza ruina, como si el Cristo fuera para nuestra nacionalidad una de aquellas fuertes grapas de hierro que sostienen los sillares maestros en los edificios seculares que nos legaron los antepasados.

En el organismo de las nacionalidades, todas y cada una de las partes de sus diversas instituciones, sean las más elevadas como las más humildes; todas y cada una de las manifestaciones de su vida moral, intelectual y política, están trabadas en tan íntimo é indisoluble enlace que no puede hacerse el estudio de una de ellas sin penetrar en la esencia de todas. De aquí que lo que ahora suele llamarse historia interna constituya un cuadro mucho más completo y verdadero de la vida de una nación que la relación de los cambios de gobierno, guerras y conquistas, entronizamiento y caída de dinastías, contiendas é intrigas de los partidos, ambiciones, aciertos y desaciertos de sus políticos. Pero entre todos los elementos que constituyen la vida interna de un pueblo, ninguno más importante que aquellos símbolos augustos que componen la creencia fundamental, con la cual no sólo llena la inmensidad que separa al cielo de la tierra, y la humanidad como el individuo fijan sus destinos supremos en los misteriosos espacios de la eternidad, sino que además son para los pueblos como el emblema egregio enarbolado en las más altas cimas de la vida social, á fin de que cada individuo y cada generación, al entrar en este combate de la vida y desenvolver el drama de su existencia á la presencia de Dios y de los hombres, tenga un principio fijo que sirva de clave de

sus grandezas y miserias. Así la dirección espiritual en las naciones domina é informa toda su dirección temporal; y para presentar el crecimiento y desarrollo de un pueblo en el proceso de los siglos; para trazar el cuadro de toda su vida con los caracteres más esenciales de su organismo, y el más alto y superior conjunto del enlace y trabazón que en él recibieron las instituciones y los principios fundamentales de toda sociedad humana, no tendrá jamás el historiador criterio más seguro y perspectiva más elevada que la de los dogmas venerados en los santuarios nacionales.

Cierto que esta manera de concebir la historia exige tan excepcionales condiciones de entendimiento, que rara vez se acumulan en una sola cabeza; y no es extraño que cuatro mil años que han engendrado tantos imperios, todos ellos con largos anales redactados por compacta muchedumbre de escritores de historia, entre los cuales descuellan talentos insignes, apénas han producido, sin embargo, seis hombres que tengan toda la talla que requiere el historiador. Así como el ambiente de las altas cumbres requiere el pecho robusto del hijo de la montaña; así también estas alturas de la historia requieren poderosa naturaleza intelectual, porque allí los talentos de segundo orden pronto se etican y sucumben, ó se convierten en monstruosos cagotes.

Menendez Pelayo pertenece á la raza robusta y privilegiada que vive en tales alturas. Buena muestra de ello es su *Historia de los heterodoxos españoles*. Siguiendo el hilo de las herejías, supersticiones é impiedades diversas que en cada tiempo surgieron ó se propagaron por España, ha formado el cuadro más completo de nuestra vida nacional. Entre relaciones de hechos curiosos y dados al olvido, hechos harto más importantes que los combates y los tratados diplomáticos; entre admirables disecciones de instituciones ó de caracteres de personajes; resumiendo cada época en profundos juicios sintéticos, ha puesto de relieve con gran maestría cuál es el principio eje de nuestra cultura, generador de nuestra filosofía y de nuestro arte, principio fundamental, alma y esencia de nuestra patria, y tan profundamente arraigado en nuestro suelo, que

ni la conquista por razas que traían otros cultos, ni las corrientes seculares de erradas doctrinas, ni los mayores cataclismos nacionales lo pudieron estirpar; principio, en fin, que no dejó brotar á su lado ninguna otra heregía como fruto de la sávia de esta tierra, y resistió en cambio victorioso al embate de todas las que vomitaron contra él pueblos extraños.

Menendez Pelayo posee la mirada penetrante, que de un golpe de vista desentraña, entre las sombras y esplendores de las edades, los secretos principales de la historia, y abarca la larga série de los sucesos diversos, para recoger y enlazar los eslabones dispersos de esta cadena inmensa que cruza los siglos, trabando una con otra la vida de todas las naciones. Mientras otros hallan por principal atractivo de la historia el ponerse en íntimo contacto con los varones ilustres que produjeron los tiempos; ó bien mientras otros, de mirada ménos sagaz, en ella sólo descubren á lo sumo el escenario gigantesco, sobre el cual se desenvuelve eternamente el mismo drama del nacimiento y de la muerte, en el que las generaciones humanas y los pueblos se suceden sin cesar sujetos siempre á las evoluciones fatales del crecimiento y de la decadencia, por entre peripecias y accidentes que cuanto más variados producen, sin embargo, constantemente resultados más idénticos; nuestro escritor por el contrario presenta la historia como un organismo impalpable que crece y se desenvuelve en cada pueblo, y guiado por una voluntad todopoderosa marcha siempre hácia un fin supremo, que el hombre sólo puede entrever y adivinar á medida que se va realizando.

Páginas hay en el libro de *Los heterodoxos españoles*, que recuerdan aquellos imperecederos anales en que el gran historiador romano reprodujo las tragedias del imperio, trazando con el colorido enérgico de un estilo casi lapidario el cuadro completo de una época de ignominia, y encerró en concisas sentencias los juicios severos que contra aquellos tiempos habían de dictar todas las edades. Como en los Anales de Tácito, son muchos también los caracteres que en la obra de Menendez Pelayo aparecen reproducidos con un solo rasgo,

quedando en breves líneas retratado todo un personaje, en aquella múltiple y compleja variedad de vicios y virtudes, sentimientos nobles y viles codicias, en que se combina la naturaleza humana para formar el carácter real de cada individuo. Otras páginas del libro de los heterodoxos, en las que se trata de analizar el origen y los resultados producidos por alguna gran institución, como la Inquisición por ejemplo, parecen por la precisión del razonamiento que abandona la especulación de los principios abstractos y se atiene sólo á las lecciones de la experiencia á fin de herir más vivamente nuestro convencimiento, presentándonos los resultados concretos de la observación experimental; parecen (salvando siempre todo lo reprobable que pueda contener el modelo) hojas sueltas de aquellos magistrales escritos de experiencia mundana, en que Maquiavelo, concretando el estudio de la historia á recoger en ella reglas de conducta práctica, hizo para el uso de los estadistas la anatomía del corazón humano, y de las grandes instituciones y medios de gobierno en monarquías y repúblicas, aristocracias y democracias.

(Se continuará.)

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA.

LOS PARÁSITOS.

(Continuación.)

—¡Eh, déjame en paz! Su vida será todo lo atareada y todo lo brillante que tú quieras; pero lo repito, no le he visto nunca sacrificarse á nada, ni á nadie; todos sus actos van marcados con el sello del más refinado egoismo, y un hombre egoísta anda ya muy cerca de ser un hombre temible...; pero dejemos esto y lee la carta...

—No, señora, dejémoslo... si V. gusta; pero para que me diga V. de una vez y con toda franqueza la causa... la verdadera causa de sus inquietudes y sobresaltos.

—Vaya, no seas pesado..., ya te he dicho que no me hicieras caso, y que te ocuparas de tus asuntos.

—Bueno; pero como *mis asuntos* son precisamente los de V., no hay ninguno que me interese tanto como este de que ahora tratamos... ¡Con que, á ver, señora mia, venga ahora mismo esa confesión! en la que presumo que no habrá que aplicar á V. una penitencia muy severa.

—Cuando te dá por ser terco...

—Es lo mismo que cuando á V. le dá por ser reservada, que no acierto á serlo si llego á comprender que mi terquedad se hace molesta.

—Ya siento haberte dicho nada.

—Yo no, porque si no tiene V. confianza en mí hagamos cuenta que nada me ha dicho.

—¿Te empeñas á toda costa en que he de hablar?

—Sí, señora, me empeño, y si V. me lo permite, lo exijo.

—Bueno, pues conste que sólo por complacerte, y no por-

que la cosa valga la pena, voy á hablarte como tú dices, con toda franqueza.

—Soy todo oídos.

—Pues bien... y vuelvo á repetir que no des á mis palabras más importancia de la que en sí tienen... sabrás como he tenido carta del P. Albizu.

—¿De América?

—De América. Me la ha traído el último correo, y en el siguiente vendrá él.

—Quién, ¿el P. Albizu? ¡Otra vez á España!... ¿Qué disparate!

—Dice que por lo pronto desembarcará en Inglaterra; pero yo que le conozco á fondo me temo...

—¡Que se venga á España á los dos días de llegar á Europa!... Eso creo yo también del personaje. Pues hay á toda costa que disuadirle de ese loco empeño; hay que convencerle de que aquí no está seguro, ni mucho ménos, de que está procesado y de que hoy la situación es todavía más tirante que hace tres meses. Pero, válgame Dios, ese señor apenas llegado allá, vuelta otra vez á venir... cualquiera diría que le gustan las aventuras, ó que hay aquí algo que, sin que lo pueda remediar, le llama y le atrae. ¿No fué á América con una comisión de su Orden?

—A lo que parece ha terminado sus asuntos y le llaman otra vez á Europa; pero él, además, como tú sospechas, desea venir á España por motivos particulares... ¿no presumes tú cuales sean?—preguntó, no sin cierta intención maliciosa, la baronesa á su supuesto sobrino—¿no sabías tú que habia de volver?

—¡Yo!—exclamó Lorenzo sinceramente sorprendido—¿y qué motivos tengo yo para sospechar tales cosas?

—El Padre te demostró, la última vez que aquí estuvo, grandísimo cariño y profundo interés.

—En cuanto á lo de cariño, concedido, porque el buen señor tiene el alma más cariñosa y expansiva que puede darse... ¡pero interés! ¿Qué interés puedo yo inspirar, pecador de mí, á tan santo varón?

—¿Qué sabes tú? El hecho es que siempre andaba contigo en secretos y en confidencias, y como si hablase de graves asuntos.

—Y lo eran, con efecto, sólo que ninguno de ellos se referían á mi humilde persona.

—¿Estás seguro?

—¡No he de estarlo! si precisamente era...

—¿Que era quién?—preguntó la Baronesa con singular viveza.

—Era... ¡qué se yo! Un desconocido para nosotros... un personaje político...—la respondió Lorenzo visiblemente arrepentido de haber soltado prendas en tan delicado asunto.

—¡No eres franco conmigo, Lorenzo!—replicó la Baronesa con triste acento.

—Le juro á V. que nada de lo que me habló, ni ninguno de los asuntos que tratamos, tiene relación conmigo.

—Así será, puesto que tú lo dices; pero mira tú lo que son las cosas; desde América vé el Padre las cosas de otro modo, porque ahora con quien quiere tratar es contigo; á tí es á quien dice que le interesan más que á nadie sus revelaciones, y tanta importancia dá al asunto, que hasta me prohíbe que hable de él, ni á tí ni á persona alguna, como si creyera que sus revelaciones corrian peligro al ser conocidas.

—Sí, buenas serán las precauciones que él tome para guardar un secreto... lo mismo que para cuidar de su persona.

—Es lo que con más insistencia me encarga, y ya que he sido tan tonta que te hablo de esto, te suplico que guardes la debida reserva.

—Se guardará, y verdaderamente no tiene gran mérito reservar un secreto que se ignora.

—Yo no te pregunto si le sabes ó nó, y si he de ser franca, casi me alegro de que empieces conmigo á ser discreto. Ya estás advertido. Cuando venga el P. Albizu te entenderás con él, y dispondreis lo más conveniente.

—Disponer, ¿el qué?

—Nada: yo me entiendo, y desde ahora te digo que no has de hallar en mí obstáculo á ninguno de tus planes, y

ménos á un negocio en que está interesada tu felicidad.

—¡Pero cómo, tía! ¿Está V. en su juicio?—exclamó Lorenzo riéndose á pesar suyo de las sospechas de la Baronesa.—¿De veras cree V. que yo....? Ojalá tuviera vocación, pero por desgracia, Dios no me llama por ese camino, y aunque á su lado de V. he aprendido, y gracias al Señor no he olvidado todavía ni pienso olvidar los deberes y las prácticas de una sincera piedad, soy ya algo viejo para ingresar en una milicia de más rigurosa disciplina.

Sonrióse la Baronesa al oír la viveza con que Lorenzo protestaba de sus sospechas, y bien porque no quisiera convenir con él en que había acertado á interpretar sus palabras, bien porque tampoco la conviniera dejarle en la creencia de que se referían á muy distinto asunto:

—No hablemos más de eso—le dijo—te he dicho ya cuanto tenía que decirte, y aun más de lo que debiera haberte dicho; ahora lee esa carta, á ménos que te estorbe mi presencia y prefieras leerla en secreto, en cuyo caso...

—Va V. á hacerme creer que además de reservada y diplomática se me ha vuelto V. hoy maliciosa—replicó Lorenzo; y levantándose del asiento cogió y abrió la carta que estaba encima de la mesa.

—¿Te llaman?—preguntó la buena anciana siempre sonriente—¿ha llegado el suspirado instante en que se dignan por fin reconocer y apreciar tus merecimientos?

Pero advirtiendo en el semblante de su sobrino una expresión de tristeza y seriedad, que no podía atribuirse lógicamente sino al contenido de la carta, varió de tono y con su volubilidad é interés acostumbrado le preguntó:

—¿Qué es eso? ¿Hay alguna novedad? ¿Ocurre algo? ¿Qué exigen de tí?

—Vea V.—respondió su sobrino entregándole abierta la carta—léala V. que no es larga.

—¿Es de Sofia?—exclamó la baronesa empezando como mujer curiosa por leer la firma.

—¿Y de quién quería V. que fuese?

—Ya te he dicho antes... ¡quién sabe!

—Lea V. pronto, que es urgente.

—«Amigo mio—leyó la baronesa—me hace V. falta; tengo que hablarle de cosas de importancia, en las que necesito aconsejarme de una persona tan prudente y sensata como V. Las cosas que V. sabe, han llegado á un punto en el que se hace precisa mi intervenció... Venga V. pronto.»

—¿Y tú sospechas..?—preguntó la baronesa devolviendo á su sobrino, que empezó á pasearse por el cuarto en ademan agitado, la lacónica y apremiante epístola.

—No sospecho, estoy seguro de que Sofía no ha escrito esa carta sin motivos muy sérios y fundados para alarmarse.

(Se continuará.)

SANTIAGO DE LINIERS.

LAS ESCULTURAS DE CARNE

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO, DE D. EUGENIO SELLÉS.

A la hora en que escribo estas líneas, varios periodistas de buen humor, reunidos en fraternal banquete, colocan, moralmente se entiende, sobre las sienes de Eugenio Sellés, la doble corona de poeta y de autor dramático. Bien dicen que más vale caer en gracia que ser gracioso. Me apresuro á declarar, que reconozco con gusto muy relevantes condiciones en el aplaudidísimo autor de *El nudo gordiano*. Es jóven de mucho talento, que no invoca en balde á las Musas, y á quien fuera injusto confundir con la turba multa de escritoruelos de agua chirle, que enturbian á la continúa el sereno y limpio cáuce de la bella literatura. Lo cual no empece á que piense yo, y paladinamente confiese, que en los triunfos escénicos de este distinguido poeta, entra por mucho el celo indiscreto de que siempre suele dar gallarda muestra, la amistad y el compadrazgo. El sólo anuncio de que va á representarse una obra de Sellés, nos trae á la memoria aquellas convulsiones en que los rapsodas griegos se agitaban leyendo á Homero; el estreno de sus dramas (los de Sellés) es un verdadero acontecimiento para la gente de letras; el juicio que de los mismos dramas se hace, es una como ejecutoria donde se sanciona la altísima é indiscutible gloria del poeta. Discípulo aventajado de Echeagaray, acontece con él lo propio que con el actual dictador de nuestra escena.

La pasión, que anubla el entendimiento clarísimo y el fino instinto crítico de unos pocos, y la ignorancia que da arrogante su voto, y le defiende con tesón, y á él se aferra con esa terquedad propia de quien no sabe lo que se dice, han dado en la manía de fabricar unos cuantos ídolos, en los cuales no

ha de verse más que oro cendrado, sin mezela de escoria; riquísimo venero de inspiración y buen gusto, no el oropel que deslumbra y dá apariencia de hermosura, á lo que es intrínsecamente feo y de ningun valer. Así, por ejemplo, gigantes son de la dramática contemporánea Echegaray, Sellés y otros autores *ejusdem furfuris*, y ¡guay del menguado que no les rinda pleito homenaje, y no queme, en alabanza de aquellos, un grano siquiera de incienso! Quien se atreva á desafinar y rompa la armonía del universal concierto, ó es tonto de solemnidad ó un malvado. Ahora bien; como me faltan alientos para cargar con este sambenito, protesto de que tanto en el caso concreto de que hablo como en los que puedan ocurrir en lo futuro, apoyaré siempre el dictámen que dé la crítica, sin tener en cuenta que en esto de literaturas se vota con arreglo al sufragio universal y yo gusto poco de seguir á la plebe. De suerte que, si se decide por unanimidad ó por mayoría, que Echegaray ha eclipsado la dudosa gloria que pudieron conquistarse el Duque de Rivas con su *D. Alvaro*, Hartzenbusch con sus *Amantes de Teruel*, Tamayo con su *Drama Nuevo* y con su *Consuelo Ayala*, me parecerá de perlas tal acuerdo; todavía más: si se declara heredero de la musa regocijada, juguetona y siempre hermosa de mi paisano Bretón al mismísimo Pina Dominguez, yo sabré resignarme, aun cuando creo que tal herencia debiera adjudicarse con mejor acuerdo al tenor Sanz, que escribe tambien versitos, y que al cabo y al fin es de la tierra: ¿qué más?

Si se pide á la Academia española uno de sus sillones para Eusebio Blasco, por lo bien que *limpia, fija y dá esplendor* al habla castellana, con esas *Cabezas de chorlito* que nos envia desde París y que debian secuestrarse en Irún, aunque esto nos privase de verlas muy lindamente representadas en el teatro de la Comedia por la Tubau y la Gorriz, por Mario y por Romea; si tal cosa se pide, y no se me alcanza que en punto á peticiones se pueda ir más adelante, yo no pondré reparo alguno, antes me consideraré muy honrado en firmar la propuesta. Mas, hoy por hoy, séame lícito pensar en alta voz acerca de la impresión que en mi han causado *Las esculturas de car-*

ne, drama que se representó por primera vez en el teatro de Apolo el día 1.º de Febrero del año que corre.

No soy yo de los más difíciles de contentar cuando voy al teatro; ni llevo la pretensión de salir de él repleto de filosofías y de recónditas erudiciones, porque esto debe conseguirse por medio del libro, ni siquiera pienso en que voy á reformar mi pecadora naturaleza, porque eso de creer que del teatro vaya á sacarse el propósito decidido de enderezar nuestra vida hácia el camino del bien, como pudiera hacerse despues de oír un sermón ó á raíz de unos ejercicios espirituales, se me antoja que es solemnisima tontería. Acierte el autor á fotografiar la vida humana, idealizándola; déme *verdad* y *poesía* segun la receta de Goethe, y desde luego le aplaudo á rabiar y pongo su trabajo sobre mi cabeza.

Y basta de preámbulos, que el tiempo apremia, es corto el espacio de que dispongo, y hora ya de decir algo acerca del drama cuyo título sirve de epígrafe á estos renglones.

Mis lectores conocerán seguramente ¡quién no ha topado con algunas en este viaje de la vida! á esas almas frias, apáticas, incapaces de toda idea grande, levantada y generosa y para las cuales es de todo en todo indiferente *que vacile el firmamento ó que se hundan las esferas*. Aunque tales séres repugnantes no se dán exclusivamente en el sexo feo (perdonen mis discretas lectoras la indirecta), el autor, galante por todo extremo, ha encarnado en dos varones la antipatia que suele inspirar gente de tan baja y ruin condición. La paleta de Sellés háse complacido en pintar de un solo color, el del egoismo, las figuras de dos personajes, D. Clemente y D. Benigno, el primero de los cuales tiene una hija, Emilia, y el segundo una mujer, Cármen, buena... para regalada. Dada la idiosincrasia de tan conspicuos varones, que discurren á veces como un progresista de pura raza y que profesan filosofías tan cómodas como la que se escucha de boca de D. Benigno cuando sentenciosamente exclama:

Toda tiranía mueve
insurrecciones domésticas,

claro está que así la mujer del uno como la hija del otro han de campar por sus respetos y no han de distinguirse en verdad por su discreción y recato.

Esto viene de perlas á un Juan que se nos presenta en escena comenzando á requebrar lindamente, y á decir mil primores á Emilia; D. Benigno se hace el distraído leyendo un periódico; los jóvenes van tomando animación en el diálogo y se disparan una lluvia de preguntas y respuestas:

JUAN. Dí que me amas.

EMILIA. ¡Cómo apura!

(Vaya hoy se me va la lengua.)

¡Si se acercára Benigno!

¿Lo llamo? Eso no; ¡que él venga!

JUAN. Dilo por Dios.

EMILIA. Sólo digo

que pudiera.....

JUAN. ¡Si supieras!...

pero á esa edad, ¡qué se sabe!

EMILIA. ¿Quién lo ha dicho?

JUAN. Mi experiencia.

EMILIA. Pues sabe poco. Estos hombres

que algunos años nos llevan

nos ven de niñas y creen

que somos siempre muñecas.

Y en este caso, sé más,

pues sé la verdad entera

y usted á medias. Yo sé

que V. me ama.

JUAN. No es gran ciencia.

EMILIA. Lo que sé y usted ignora

es que...

JUAN. Habla.

EMILIA. Es que... ¿No acierta?

Yo... también le amo.

Estas frases amorosas, que al decir de Sellés, son:

si caen en el alma
voces del cielo en la tierra,

diríase que llenan de regocijo al conquistador Juan, pero este mozo es incapáz de Sacramento, y harto presto se nos muestra con todo el desenfado de un libertino, galanteando á Cármen, la coquetuela esposa de D. Benigno. Comienza en este instante á figurar en escena el personaje más simpático de cuantos ha forjado la fantasía de Sellés, y que lo fuera más, sin aquel empalagoso sermoneo y aire continuo de desfacedor de agravios; Miguel, quien observa, lleno de vehementísimo celo y de santa indignacion, lo que pasa entre Juan, su rival (porque tambien Miguel está perdidamente enamorado de Emilia), y Cármen su madrastra. La marea va subiendo, subiendo; de un lado Juan, víctima de febril impaciencia, quiere casarse á escape con Emilia; esta le jura amor eterno, pero se niega á la fuga que su galan le propone; apela este al recurso extremo de fraguar con Cármen una expedicion á París, seguro, dice él, de que herida Emilia de tal suerte, no tendrá más remedio que resignarse y casarse. Van los viajeros con la mayor frescura del mundo á emprender su caminata, pero se interpone el brazo robusto de Miguel, advertido oportunamente por Emilia del infame plan, y consigue que llegue el momento de partir el tren, dejando en tierra á los expedicionarios. Échase de ver la tormenta que se va preparando. Estalla por fin, cuando unidos ya en matrimonio Emilia y Juan, sigue este acariciando el deseo perversísimo de rendir á Cármen; hay un instante supremo: ya casi no siente Cármen el grito del remordimiento; ya vá á caer vencida, cuando la voz severa de Miguel, que escondido escuchó el diálogo infernal de ambos criminales, los deja como espantados y llenos de vergüenza. Se encara con ellos, y como su madrastra quiera volver por su honra, dice Miguel:

¡Niegas, y en mis oídos
aún zumba con torpe acento
el traidor «tú» el tratamiento

de los pudores vencidos!
 ¡No es la culpa de los dos,
 sólo mía, estuve loco!

exclama Juan, y Miguel le replica con viveza:

¡Buen descargo! ¡De aquí á poco
 se lo contarás á Dios!

Casi violentamente conduce Juan á Miguel hasta la alcoba: Carmen quiere penetrar, pero Miguel la dice:

¡Tú, no!

CÁRMEN. ¡Dios mio!

MIGUEL. No se entra con ansia loca
 á besar lúbrica boca;
 ¡se entra á morder hierro frio!

Muere Juan á manos de Miguel; entra Emilia en la alcoba y besa frenéticamente el cadáver de su marido; á los gritos y gemidos y al

¡Grita fuerte!

¡Todo el mundo puede entrar!

de Miguel, D. Benigno y D. Clemente, ayunos de todo lo ocurrido, salen á escena y contemplan aquella catástrofe. Hay sobriedad, buen gusto y esquisito arte en las frases que se cruzan entre unos y otros personajes. Pongamos alguna, por vía de ejemplo.

CLEMENTE. Ven, hija sin ventura,
 conmigo.

EMILIA. ¿Contigo yo?
 ¡Me has hecho infeliz, y no
 quiero que me hagas impura!

BENIGNO. ¡Soy honrado!

- MIGUEL. Por camino
mejor, lo hubieras logrado;
pero para ser tú honrado,
¿por qué he de ser yo asesino?
- CLEMENTE. ¡Sin hija!
- BENIGNO. ¡Yo sin hogar!
- CLEMENTE. ¿A quién un consuelo pido?
- BENIGNO. ¡A Dios!
- MIGUEL. ¡Si no habeis creído
ni en un Dios á quien rezar!

Así termina el drama de Sellés; drama que realmente conmovió la fibra sensible de muchos espectadores; drama que se ha celebrado con todo el lujo de palabras pomposas é hiperbólicas de que tan fácilmente podemos echar mano, pero drama, que por punto general, hubo de dejarme á mí tan seco y frio, que salí del teatro pensando en si sería yo también una como *Escultura de carne*. De cuantos elementos reunió Sellés al trazar su fábula, quizá no haya los bastantes para constituir un carácter; es indudable para mí, que no acertó el poeta á combinarlos, para que dicho carácter resultase. Se necesita ser muy zahorí para descubrir verdad y consecuencia en los caracteres que pinta Sellés; díganlo D. Clemente y D. Benigno, que á trechos, más bien parecen tontos de solemnidad que otra cosa: dígalo el repugnante Juan á quien no mueve en sus devaneos honda pasión que explique al ménos, ya que no atenúe su conducta, sino el deseo de mortificar á su novia; dígalo el mismo Miguel, personaje que parece repetir á cada momento con el héroe de Calderon:

Para quien es caballero
el honor de las mujeres
siempre ha de ser lo primero;

pero que nos deja sin saber el por qué de sus arranques generosos, ya que estos pueden obedecer, bien al amor que siente por Emilia, bien al deseo de vengar á su padre, ofendido por Carmen.

De aquí el que los recursos de relumbron venzan en el drama á la lucha de afectos y al choque de las pasiones. Se nos figura además que no logró el distinguido poeta distribuir con discreción el claro oscuro por su drama. Gran yerro, en nuestro sentir, fué tambien el de no ir derechamente al asunto, sin amontonar incidentes, que maldita la falta que hacían, y sólo por el prurito de *hacer* una frase. Cierito que tiene soberanos encantos una frase oportuna y gráfica, y que llega al alma, y la baña de dulce hechizo. Mas esto no debe hacerse en perjuicio de las leyes que rigen en la dramática.

Pero, ¿resulta de todo lo dicho, que á mi juicio sea el drama de Sellés, uno de tantos como hoy nacen para vivir lo que una rosa, yendo despues á sepultarse en el rio del olvido? En manera alguna. Hay en las *Esculturas de carne*, no siempre por supuesto, pero sí en varias escenas, un fraseo admirable, versos magníficos, que rabian al verse junto á otros, indignos de Sellés; rasgos que revelan al autor dramático de cuerpo entero, y de los cuales sacó Vico, con su gran talento, no poco partido; de donde se sigue, que bien pueden fundarse legítimas esperanzas en el autor de *El Nudo Gordiano*, si se atiende en lo porvenir algo más á la verdad humana y á las fuentes del sentimiento; si se consagra á la lectura y meditación de los clásicos y de los grandes poetas modernos, con el objeto de depurar el gusto literario, sin preocuparse del que parece ser ahora agradable al público, el cual público, despues de todo,

si cuando le dan paja, come paja
tambien si le dan grano, come grano.

M. GARCÍA ROMERO.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

Formidable y compacta mayoría, engrosada con muchos é importantes votos conservadores, ahogó en la alta Cámara, única representación política de los sentimientos tradicionales y conservadores de España, la voz del buen sentido que aconsejaba aplicar á la cuestión del juramento el antiguo aforismo que se encierra en estas sencillas palabras:

quieta non movere.

Cierto que fué sorprendente espectáculo, si por ventura puede ser sorprendente en España ningun espectáculo político, el que ofrecieron nuestros venerables Padres Conscriptos, salvas muy contadas y por lo mismo honrosísimas excepciones, borrando con presurosa mano la fórmula religiosa del juramento, que á eso equivale la facultad concedida al que haya de prestarlo, de sustituirle por una simple aseveración ó promesa cuando su *conciencia* no le permita invocar el Santo nombre de Dios.

Y si se considera que tan peligrosa reforma se ha realizado precisamente en la alta Cámara, allí donde no llegan ó no deben llegar las voces de la pasión, ó los clamores de una popularidad exigente, allí donde nadie se sienta ó debe sentarse, sin haber cursado largos años la difícil escuela del mundo, la práctica de los hombres y de las cosas ó las espinosas tareas del Gobierno y de la Administración pública, la admiración sube de punto y no suministra luz bastante para razonarla ni esos especiosos pretextos que el oportunismo es tan fecundo en inventar cuando trata de abroquelarse detrás de la falsa prudencia para disparar á mansalva contra la razón y la justicia.

Porque, con efecto, ¿qué fin práctico se ha conseguido, ni qué oportunidad se ha satisfecho con la supresión del juramento? ¿Qué interés, no ya legítimo pero ni aun respetable, andaba interesado en este asunto? ¿Qué elementos de orden ó de gobierno se han conquistado? ¿Qué intransigencia resultará aplacada? ¿Qué revolución acallará sus furoros, ó qué voz popular se unirá en seráfico concierto á esta transacción peligrosísima entre el Gobierno, los conservadores y media docena de individuos que habian ya entrado en la legalidad por la ancha puerta del dinastismo democrático?

Y no sirve decir que la fórmula ó fórmulas aceptadas, ligan más concretamente la fidelidad de los que la pronuncian. Cuanto más concreta sea la fórmula, más irrisorio y ménos disculpable parecerá su mantenimiento y con sólo recordar que otras más vagas y generales han llegado á hacerse incompatibles con la estóica rigidez de ciertas conciencias, está ya allanado y casi concluido el camino por donde ha de llegarse en

plazo más ó menos breve á la total abolición del juramento en lo político, en lo civil y en todos los órdenes y esferas de la vida pública y privada.

* * *

Así, abusando de la lógica, como es ley casi tradicional de nuestra raza y de nuestras costumbres, se ha planteado la cuestión en el Congreso, después de haberse resuelto, al parecer, definitivamente en el Senado.

Sin esperar la discusión de la fórmula del Gobierno, la minoría republicana, por medio de la proposición del Sr. Gonzalez Serrano, pidió que el juramento se considerase totalmente suprimido para católicos y no católicos en nuestras leyes y prácticas, por no reconocer en el Estado el derecho á exigirle ni en los súbditos el deber de prestarle; y aunque tal proposición no prevaleció y al votarse nominalmente fué rechazada por 162 votos contra 13, sin embargo, las numerosas abstenciones y la necesidad en que se creyeron encontrar algunos posibilistas y hasta el mismo Sr. Moret de explicar su voto, claramente demuestran que la teoría radical del Sr. Gonzalez Serrano no encuentra tan mal dispuestos los ánimos que sea inverosímil esperar que con el tiempo llegue á parecer ortodoxa aun á los mismos ministeriales.

El espíritu de estos se ha reflejado, aunque con resplandores ménos vivos, en el seno de la comisión que ha de dar dictámen sobre el proyecto gubernamental.

Las pretensiones del Sr. Maura á sustituir la palabra *legítimo*, aplicada en la nueva fórmula al jefe del Estado, por la de *constitucional*, es un matiz de estas disidencias, y la lentitud con que la comisión procede, las dificultades y aplazamientos que entorpecen sus reuniones, claramente dán á entender, ó que hay en ella misma pareceres encontrados, ó que no confía mucho en que prevalezca en el Congreso el dictámen que tan dócilmente votó el Senado.

En cuanto á los conservadores de la Cámara popular, ni por su historia, ni por sus aficiones, ni por sus tendencias están obligados á desairar á sus coreligionarios de la alta Cámara, y aunque en la reunión preparatoria celebrada para tratar esta cuestión, el Sr. Cánovas del Castillo tuvo necesidad de recordar las estrechas ordenanzas de la disciplina para mantener la cohesión no muy segura de sus parciales y allegados, á excepción del señor marqués de Pidal, que reclamó completa libertad de acción, anunciando que defendería en la materia los mismos principios que en el Senado inspiraron el discurso del Sr. Moyano, no es de esperar que sean muchos los diputados que imiten la conducta de los senadores, que acompañaron hasta el fin y tributaron los honores fúnebres á una práctica religiosa que puede ya considerarse como borrada de nuestras leyes y costumbres públicas.

Para entretener parlamentariamente el tiempo y dar lugar á que las comisiones de Juramento y de Jurado preparen y emitan sus dictámenes respectivos sobre tan estériles asuntos, una y otra Cámara han discutido y votado al menudeo cuestiones de menor cuantía, alguna de las cuales, sin embargo, ha logrado apasionar los ánimos, un tanto sosegados y fleumáticos, de los representantes del país.

Tal, por ejemplo, la de abusos electorales en la reciente elección de Diputaciones, en cuya exposición terciaron con singular denuedo los respectivos diputados á Cortes, es decir, aquellos sujetos más directamente interesados en que no se falsifique la autenticidad y eficacia... de su influencia en sus respectivos distritos.

Porque parece que de vez en cuando ocurre semejante fenómeno. Sale un diputado en un distrito ó en una circunscripción, merced, claro

está, á su propia influencia. Viene á la córte, cultiva desde los pasillos, escritorios y salones del Congreso, desde las antesalas, despachos y corredores de los Ministerios, Tribunales y Centros directivos su personal importancia, y sin embargo, advierte que el tiempo, los sucesos ó ingerencias extrañas van poco á poco en su provincia minándole el terreno y derribando uno á uno los puntales, estribos y traviesas en que se sustentaba el edificio de su dominación.

Nada más natural que, advertido á tiempo del fracaso, interponga con la perentoriedad que las circunstancias exigen, el interdicto de obra nueva y defienda con calor sus sagrados derechos de propiedad, injusta ó violentamente amenazados.

Pero ocurre que en su provincia no es él el sólo propietario; que un colindante suyo (en influencia) formula contra su propiedad idénticas acusaciones, y tira, con apariencias de justicia, ahora de un notario que es *suyo*, luego de un Ayuntamiento que le juró fidelidad; hoy de un delegado del Banco, mañana de un registrador, de un magistrado ó de un estanquero, y hete aquí al primitivo propietario desposeído de estas fincas y clamando inútilmente por recobrarlas.

En estas luchas, *pro aris et focis*, á cada votación renovadas y en cada discusión de actas reproducidas, se hace difícil, sino imposible, dar la razón á ninguno de los contendientes. El último que habla parece tener más razón, más votos y más agravios que el contrario; pero esto suele generalmente consistir en que su enemigo no le responde. Ni tampoco la mayoría se toma jamás el trabajo de formar juicio acerca de estas enmarañadas cuestiones. Al contrario, cuando un diputado refiere con los más negros colores las perfidias, artimañas y enredijos de una elección batallona, lo que se les ocurre pensar á los ministeriales es lo siguiente:

—¡Caramba! Un gobernador así, necesitaba yo en mi provincia.

Esto de los caciques es incurable; pero no lo es ménos la enfermedad que con sus agitaciones, intrigas y cabildeos, han producido en la administración de los intereses provinciales y municipales.

Es frecuente lamentarse de la situación del Tesoro, de la penuria y desbarajuste del Estado, y nadie, ó casi nadie, para mientes en la situación de la Provincia y del Municipio.

Diputaciones y Ayuntamientos son, por lo comun, en España, dado el régimen que dichosamente nos gobierna, meros agentes políticos de la situación dominante, paniaguados y mesnaderos de los personajes políticos que gobiernan y no representantes celosos del procomun de sus comitentes y electores.

Todos los Gobiernos saben que tal persona ó tal influencia es perjudicial en el Ayuntamiento ó en la Diputación; todos los Gobiernos conocen que mientras esas influencias subsistan y esas personas dirijan, ni la administración será pura, ni la corporación vivirá en paz, y sin embargo, esas influencias y esas personas poseedoras de secreto é invulnerable prestigio pueden vivir tranquilas; ningun Gobierno atacará de frente su poder, siempre que éste se muestre dócil y obsequioso con el poder que les tolera.

¡Pero es claro! lo que se une por un lado tiene que desunirse por otro, y ese carácter de domesticidad y dependencia que respecto de los Gobiernos tienen en España las que debieran ser corporaciones populares, ó por lo ménos independientes, ha conseguido divorciarlas del favor del público y de la verdadera y genuina representación de sus intereses y derechos.

Esto explica la lucha y el antagonismo constante entre nuestro municipio y la Junta de asociados que se juzga, acaso con más razón que el Ayuntamiento, representante legítima del pueblo de Madrid.

En tal concepto y por creer lesionados sus intereses, ha rechazado por ahora el proyecto-empréstito de 25 millones presentado con mucha necesidad por la corporación municipal.

Realmente el sistema de empréstitos, gravoso siempre aun para el Estado que tiene mayores garantías para levantarlos, y más recursos para satisfacer los gravámenes que imponen, no es defendible como sistema tratándose de corporaciones que sólo al emitirlos sufren en su crédito considerable quebranto, y nunca pueden alcanzarlos sino merced á grandes sacrificios.

Y no siendo un sistema ¿á qué obedece ahora el empréstito municipal? ¿A qué calamidad pública, á qué crisis ó á qué dificultad tiene hoy que hacer frente que no le baste con su presupuesto ordinario que sin salirse de sus actuales límites de tributación puede, ó por lo ménos, debe ser suficiente para saldar con sobrantes todas sus atenciones?

Este asunto no se ha llevado todavía á las Córtes, pero en cambio, se ha discutido en ellas otro que aunque no lo parece tiene con él grandes puntos de semejanza. Nos referimos al del Hospital de enfermos incurables ó crónicos que unos quieren levantar en los campos de Amaniel y otros establecer en las cercanías de Madrid.

Edificios nuevos... expropiaciones... terrenos... contratas... y obras públicas... todo esto tiene entre nosotros el privilegio de llamar la atención y no por cierto muy favorablemente.

Se trata de un hospital de incurables, y lo mismo sería que se tratase de una cárcel-modelo; lo que es aquí verdaderamente incurable es la... maledicencia.

Y no lo decimos por la izquierda dinástica ni por el duque de la Torre, ya nadie habla mal del duque ni de la izquierda, convencidos como están todos de que ni uno ni otra son ya temibles.

La izquierda, que nació robusta y se desarrolló en sus primeros días con singular precocidad, ha sufrido la suerte comun á todo lo que es fenomenal ó prematuro; se ha marchitado en flor antes de alcanzar la época crítica de su madurez y desarrollo.

Algo ha contribuido á su muerte el aire colado de la última crisis que vino á deshora á paralizar el movimiento ascendente de la savia que en aquellos momentos se verificaba en su organismo; algo también la indiscreta poda que sufrieron sus ramas separándose del tronco comun dos vegetaciones ya florescentes, como los Sres. Romero Girón y marqués de Sardoal; pero, sobre todo, la ha perjudicado la sombra malsana de una personalidad importante que, sin querer entrar en su terreno, se ha colocado á distancia tan demasíadamente honesta, que basta ella sola á explicar la esterilidad de aquel movimiento democrático.

Dando al Sr. Martos la significación geográfica que recuerda su apellido, bien puede la izquierda dinástica recordar el conocido aforismo: «al pie de la sierra, ó á cien leguas de ella.»

No pretendemos estar en el secreto de la conducta de este elocuente y avisadísimo demócrata, pero se nos antoja que en él tienen los partidos del porvenir (si es que en lo porvenir ha de haber partidos) el jefe que necesitan.

Por de pronto ha tenido la singular habilidad de no comprometerse en las aventuras platónicas de la izquierda; de hacer una frase que es en sus labios un poema, y de no crearse dificultades inútiles fingiendo un rigorismo que no sólo no siente, sino que considera impolitico.

Y para sellar su actitud ultra-benévola con el ministerio que preside el Sr. Sagasta, del cual no se separará hasta que tenga la seguridad de sucederle ó de anularle, ha sabido formar alianza con su antiguo amigo y discípulo Sr. Romero Girón, asociándose á sus declaraciones de democracia doctrinal y posibilista en la cuestión del matrimonio civil, suscitada por sus antiguos amigos los republicanos con el objeto de tantear el terreno.

Quando en la sesión de hoy oíamos al Sr. MártoS sostener la compatibilidad del matrimonio civil con el carácter religioso del mismo, y sostener principios democráticos con palabras y concesiones conservadoras no podíamos ménos de descubrirnos con respeto ante este centralista del porvenir, ante este honesto equilibrista en la cuerda floja de la benevolencia. Y francamente, ¿por qué no decirlo?, dado el género y dada la cuerda, el centralismo del Sr. MártoS es hoy por hoy más lógico que el centralismo del Sr. Alonso Martínez, que fuerza es confesarlo, anda ya algo pasadillo de moda.

De todas maneras la cuestión de matrimonio quedó planteada, sino resuelta, en esta sesión en que hicieron acerca de ella importantes declaraciones la oposición republicano-histórica, los izquierdistas y el Gobierno.

Ni á este, ni á las oposiciones les conviene por hoy tratarla á fondo ni resolverla en sentido radical. Es el pasto que mañana ha de arrojarse á la fiera, y la revolución mansa, ha aprendido á costa suya á no desperdiciar las municiones de boca, á la vez que á ser pródiga de municiones de guerra; pero pronto ó tarde, acaso más pronto de lo que algunos piensan, la cuestión hoy aplazada volverá á suscitarse de nuevo, y los católicos que relativamente á ella puede decirse que vivimos como de limosna, sufriremos las consecuencias.

A tal extremo de postración y de abatimiento hemos llegado por la ley inexorable de nuestras propias faltas, que toda trégua nos parece victoria y triunfo decisivo la más precaria suspensión de hostilidades; pero no nos hagamos ilusiones, la tormenta se acerca, la inundación avanza y es locura insigne que en vez de preparar eficaces obras de defensa con que contenerla y de acopiar cal hidráulica para edificar la presa, nos estemos entreteniendo en discutir meses enteros sobre si en vez de presa no sería más conveniente construir un pantano.

A propósito de pantanos, ninguno tan profundo é insondable como el que constituye la situación actual de la vecina República.

Condenadas á constante y perdurable impotencia las fuerzas católicas, monárquicas y conservadoras, de ese desventurado país, no hay suceso, ni torpeza, ni circunstancia de que puedan aprovecharse, ni combinación en que resulten favorecidas, ni rayo de luz que anime ó vigorice sus perdidas esperanzas.

La república como el globo del infortunado Mayet, se infla y se desinfla cada ocho días; pero nunca desaparece del horizonte: á un desgarron, le tapa un remiendo; á una cuerda que se rompe, un nudo la remedia. Si sube por los aires es para caer al poco tiempo en el fango de la ronda; pero enseguida se levanta del fango y vuelve otra vez á volar por los aires.

Todo parecía indicar que su última ascensión, es decir, su última torpeza fuese el tejado providencial desde el que se estrellase, y sin embargo, ¡nadal el único que se ha estrellado es M. de Faillieres, y el señor Ducazcal del Eliseo ó sea el respetable M. Grevy busca, globo en mano, un nuevo aeronauta que le sustituya en las ascensiones sucesivas.

Acaso le silben, como á M. Scott, y le hagan renegar de su nacionalidad republicana; pero no importa, *le tour est fait*, la cuestión se ha resuelto, el centro izquierdo se ha revotado y la función lejos de terminarse volverá á empezar el día menos pensado.

Y luego se quejarán los petroleros de los *aristos* del Senado! Los príncipes con la proposición radical de proscripción hubieran marchado al destierro; con la enmienda de los nuevos girondinos van derechamente á la deshonra.

Porque es claro, mal ó bien se puede ser príncipe desterrado lo que ni mal ni bien se puede ser es príncipe sujeto á vigilancia pública ó con centinelas de vista ó inscrito en el padron de sospechosos.

No en todas partes son los conservadores tan manejables como en los países latinos, y singularmente en Francia y en España, ni en todas partes las naciones los jefes de los gobiernos tan fáciles de contentar como el Sr. Grevy y el Sr. Sagasta.

Al príncipe de Bismark se le han vuelto respondones y resueltamente se niegan á romper la alianza, que si no por su iniciativa, por lo menos con su consentimiento concertaron con el centro Católico del Parlamento.

Los conservadores alemanes que son conservadores ántes que protestantes, se encuentran perfectamente hallados y bien avenidos con los Católicos, conservadores como ellos y más que ellos capaces (como recientes sucesos lo demuestran) de vigorizar en el naciente imperio el principio de autoridad, y de obediencia á las leyes perturbado por las predicaciones y manejos socialistas.

La *Gaceta de la Cruz*, órgano el más importante de los conservadores, denuncia los manejos de ciertas publicaciones oficiosas, que con la aquiescencia del gran canciller tratan de destruir esa unión tan laboriosamente formada, y lo hace en términos tan enérgicos que aquí en España parecerían inverosímiles á los órganos más afinados de los partidos que se llaman conservadores y gubernamentales.

Madrid 13 de Febrero de 1883.

S. DE LINIERS.

MISCELANEA.

CONFERENCIAS DEL SEÑOR CAMPILLO.

Prosigue en este curso la *Unión Católica* la obra laudable en el anterior comenzada, de que sus miembros más distinguidos expliquen y comenten las ciencias en sesiones públicas, procurando así á quien ame el saber, no sólo rico caudal de noticias y doctrinas, sino tambien dulce esparcimiento. Los Sres. Menendez Pelayo, marqueses de Vadillo y Valleameno, Isern, Olivares Díez y otros, llevan ahora animosamente esta carga, honrosa para ellos y de gran provecho para su auditorio.

Mas, así por el asunto, casi nuevo en España, á no ser para aquellos que gustan de la alta erudición moderna, como por el buen desempeño de su cometido debemos de mencionar hoy muy expresamente las conferencias que acerca de las bibliotecas antiguas dá los lunes de cada semana el docto profesor de la escuela de Diplomática, Sr. D Toribio del Campillo, en quien se juntan una rara modestia, un vasto saber y un especial tino para la enseñanza, de tal suerte, que hace amables un género de estudios, algo áridos á primera vista.

En su primera lección trató, á modo de preámbulo de curso, de la erudición católica, de su importancia y alcance, y gallardamente probó cuánto ha de ser estimada de los que desean ver á la Iglesia y sus dogmas libres de las asechanzas de la erudición heterodoxa, atenta á buscar en los descubrimientos arqueológicos y en las investigaciones históricas, nuevos argumentos contrarios á nuestra santa fe.

Porque es de advertir que muchos impíos aman á la ciencia, más que por su propio y natural esplendor, para servirse de ella, como de ariete contra el alcázar de la verdad. Y por fortuna, la erudición sana y católica corta los vuelos de las divagaciones artificiosas de esos escritores, oponiéndose á sus doctrinas con racionales teorías, reduciendo á su justo valor la trascendencia de ciertos hechos, y negando lo que es obra del loco afán de imaginar atrevidas conclusiones que aqueja ahora á ciertas escuelas.

Campo abierto á los más absurdos y peligrosos entretenimientos y á las conjeturas más audaces son hoy principalmente los estudios cosmológicos, geológicos y prehistóricos; mas desvanecido el primer fervor de las escuelas, la ciencia y la erudición cristianas han dado en tierra con esos atrevimientos. Así, ni las opiniones relativas á la antigüedad del hombre, exagerada hasta un extremo inconcebible por los creyentes en el hombre terciario: ni las cronologías orientales trazadas por manos tan sueltas como mal dispuestas contra la exégesis católica: ni el supuesto rigor lógico que eucalena el positivismo materialista de Darwin y Haeckel: ni los yacimientos prehistóricos cuya antigüedad se remonta á ton-tas y locas, siendo quizá de ayer, son hoy graves argumentos contrarios al dogma, reducidos á sus naturales proporciones por Hamard, Valroger, Chabas, Secchi, Lenormant, Oppert y otros.

De aquí deducia el Sr. Campillo cuán necesario y excelente es el amor á la erudición y cómo obliga á los católicos. Porque al fin, arma es de cortante filo y de aguzada punta abandonada á los hombres, y puesto que

de ella se apoderan con insano intento los impíos, justo es y aun preciso que los católicos la disputen y logren.

El tema de las disertaciones del Sr. Campillo, es este: *Bibliotecas más notables de la antigüedad*, habiendo dedicado cinco lecciones al estudio de la de Ninive, en la que se resume y cifra, como es natural, toda la civilización caldeo-asiria, desde las nociones mitológicas de aquel gran pueblo, hasta sus leyendas poéticas y conocimientos agrícolas.

Nos es imposible dar menuda cuenta de estas curiosísimas lecciones del Sr. Campillo y aun cuéstanos cierto esfuerzo el no recordar aquí la historia que trazó de los hallazgos de los Sres. Botta y Layard que sacaron de nuevo á luz, los latérculos ó ladrillos cuajados de inscripciones cuneiformes que constituyen la biblioteca de Azzur-Banipal, desenterrada despues de largos siglos y leida é interpretada con sagacidad maravillosa por Layard, Logperier, Rawlinson y en particular por Oppert, cuyo trabajos gramaticales sobre la lengua asiria son inestimables.

El atento estudio de las obras de estos orientalistas y de las más recientes del ilustre Francisco Lenormant, que ha sabido encerrar dentro de la exégesis ortodoxa las teorías más originales y atrevidas (de tal modo, que á las veces producen impresión duradera), ha adoctrinado al Sr. Campillo, permitiéndole presentar á sus oyentes un cuadro perfecto y lleno de interés acerca de la cultura caldeo-asiria. El paleógrafo, el historiador, el mitógrafo, el erudito, en suma, cualesquiera que sean los conocimientos á que mayor predilección tenga, ha recibido del sábio profesor noticias de gran importancia sobre cuantos elementos sociales constituían la nación de Assur y Senaquerib.

Son, en suma, estas conferencias notable alarde de lo que hace la Unión Católica en cumplimiento de su misión salvadora. Adoctrinar al público en estudios nuevos é importantes es, no sólo dar nueva fortaleza á la fé católica, sino tambien ensanchar el cauce, harto estrecho por desgracia, por donde entra en España la sabiduría moderna, que en otras naciones alcanza un desarrollo prodigioso y no siempre tan perjudicial como se cree.



Por recomendación y con la bendición de su Eminencia el Sr. CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO, el R. P. *Juan José de la Torre* dará Ejercicios Espirituales á caballeros en la Iglesia de la Inmaculada Concepción, dicha de las Calatravas (calle de Alcalá).

Se abrirán el sábado 17 de Febrero, á las cuatro y media de la tarde.

Los días siguientes, á las cuatro de la tarde, despues de rezadas algunas preces, habrá un discurso ó plática sobre las prácticas principales de la Religión, y en seguida una meditación, ó sea discurso, sobre las verdades fundamentales de la Santa Fé Católica.

El domingo 25 de Febrero, á las nueve de la mañana, habrá misa de comunión general, que celebrará el EMMO. SR. CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO, y á la cual se seguirá el discurso de despedida y conclusión de los Ejercicios.

En el mismo día ganarán indulgencia plenaria los que hayan seguido los Ejercicios.

EL LIBERALISMO.

No es menester mucha perspicacia para observar que uno de los rasgos característicos de los turbados tiempos que corren, es la confusión, que ni siquiera consiente que nos entendamos al definir las palabras. La

que sirve de epigrafe á estas líneas, ó dígase, el liberalismo, ha sido como pocas objeto de mil interpretaciones y comentarios. Ciertas gentes á quien los dedos se les antojan huéspedes, suelen vislumbrar tamaño error hasta en el aire que respiran, y de aquí la suma facilidad con que en un santiamén le tildan á uno de heterodoxo impenitente. No hay replicar que valga, ora notando que ni siquiera al liberal convicto y confeso puede colgársele el sambenito de hereje, ora poniendo las cosas en su punto, tarea facilísima porque la misma Santa Sede ha dado auténtica interpretación sobre el particular; la pasión, la ignorancia y la mala fé ni se rinden ni se cansan, y esta es la hora en que para esos espíritus puros con que topamos al doblar cada esquina, seguimos viviendo tocados de liberalismo, nosotros que, gracias á Dios, combatimos con toda la energía de nuestra alma la política que aspira á la secularización del Estado; que renegamos de todas las libertades modernas; que acatamos todas las enseñanzas de la Iglesia y que ponemos sobre nuestro corazón y sobre nuestra cabeza la gloriosa bandera del *Syllabus*, con su proposición LXXX inclusive. A esas personas, pues, á que aludimos, tenemos el gusto de recomendarles un precioso librito, en que de mano maestra, se trata esta asendereada cuestión del liberalismo; librito en el cual se expone la doctrina con mucha claridad y método; se echa de ver en él erudición poco común, y no de segunda mano, sino tomada en purísimas fuentes; hay, por último, en *El Liberalismo* (que tal es el título del susodicho opúsculo) dialéctica poderosa y limpio y agradable estilo, todo lo cual ha de parecer muy creíble á quien conozca á su modesto autor, el Sr. D. Damian Isern. Se vende (el libro, por supuesto) por el precio de 4 reales en las principales librerías.

BIBLIOGRAFIA.

LA PROPAGANDA CATÓLICA DE PALENCIA acaba de publicar los siguientes folletos:

Breve devocionario catequístico para pobres y niños.—Resumir en muy pocas páginas las oraciones ordinarias del cristiano, el modo de confesarse y comulgar con fruto y de oír la Santa Misa, juntamente con el ejercicio del Via-crucis y multitud de reglas y avisos para vivir santamente, es el objeto de este devocionario. Está destinado á los pobres y á los niños; por esto ha sido escrito con suma sencillez, y expéndese al fabuloso precio de 10 céntimos de peseta, y se dan 13 por 12 en rústica y á real encuadernado en tela.

El Angel malo y el Angel bueno.—Los obreros, como todas las demás clases en España, reciben por lo general en su niñez una educación cristiana que hace de ellos excelentes esposos, buenos padres de familia y trabajadores resignados, sin la envidia y los ódios de la pobreza anticristiana; mas si tienen la desgracia de tropezar con un compañero que les roba la fé, pierden juntamente con la afición al trabajo, la paz del hogar doméstico y la tranquilidad del alma, viniendo á ser verdugos de la familia y un peligro para la sociedad, hasta que agujoneados por el remordimiento y dóciles á la gracia, si tanta es su fortuna, vuelven de nuevo á la vida cristiana.

Esto enseña la historia que encabeza estas líneas.—Su precio es dos cuartos ejemplar, y se dan 13 por 12.

Los pedidos al Administrador de LA PROPAGANDA CATÓLICA, Barrio-nuevo, 13, Palencia.